1

El regreso a casa

*Los paisajes brillan más que cualquier lingote de oro. El aroma más dulce que los postres que prepara tu madre. Allí no importaba el tic-tac del reloj, ni la cantidad de arrugas que cubrieran la piel de tu cuerpo. Era incluso más hermoso que los paraísos ya imaginados. Te sorprenderá si te digo que lo visité dos veces y estoy segura de que pronto será la tercera.*

Mi abuela acababa de salir de un hospital especial. Estaba feliz de volver a ver a esa mujer de ojos tristes; ella me tomaba en su pecho desde que era un bebé. Habían pasado dos años desde que unos hombres vestidos de blanco se la llevaron en una camioneta blanca, como esas en donde se llevan a los criminales. Tenía una imagen en un costado en la que mostraba a un hombre y una mujer joven sonriendo y de fondo un edificio cubierto de ladrillos con rejas. Más que un hospital, parecía una prisión para gente «diferente».

Mi mamá me había dicho que mi abuelita estaba pasando por una crisis y que necesitaba ayuda. Aún así, la visitábamos cada fin de semana y le llevaba algunos postres que preparaba con mis propias manos. Las recetas las sacaba de un cuaderno viejo de mi abuela. Una vez me contó que el tiempo que estuvo viajando en diferentes países, tenía de pasatiempo recolectar recetas de galletas y pasteles que le parecían interesantes.

Mamá me dejó en claro que no debía hacer nada para molestar a mi abuela. No debía alterarse y mucho menos hacerla enojar. Tenía apenas trece años cuando ya me encargaba de cubrir la mayoría de las necesidades de mi abuela. Me sabía de memoria la hora en la que le tenía que dar su medicamento, el nombre y los colores de las pastillas. En lugar de medicina parecían dulces y se veían tan exquisitos que cuando traté de comer una, la escupí al instante cuando un sabor amargo y seco se impregnó en mi lengua.

Mi abuela no mostraba expresión alguna cuando mamá estaba en casa. Se veía perdida tejiendo o viendo la televisión, pero en cuanto mi madre salía a trabajar, el humor de mi abuela cambiaba.

—¿Ya se fue?

—Sí, abuelita.

—Bien. Ya sabes que sigue, mi niña. —Me decía sonriente.

Mi abuela se cambiaba de ropa, se trenzaba el cabello enredándolo en un chongo y se ponía el labial carmesí que le regaló mi difunto abuelo. Mientras tanto yo preparaba el té y acomodaba en tres platitos rebanadas de pan con mermelada de manzana que mi abuela preparaba. Cada tarde, alrededor de las cinco merendábamos en el jardín junto a los claveles. Mi abuela decía que esas flores le recordaban a unos buenos amigos del hospital. A mí nunca me gustó ese lugar. La gente caminaba sin sentido. Se escuchaban gritos y llantos en todos los rincones. Parecía como si las pesadillas invadieran la mente de todos los internos, incluso de las enfermeras que no dejaban de mirarme como si fueran a devorarme en un descuido.

Me alegro mucho de que mi abuelita ya esté conmigo nuevamente. Antes odiaba que mi madre se fuera a trabajar, pero ahora cuando no está, mi abuela se transforma en mi confidente. Canta las canciones de la radio y juega conmigo en el pasto. No parecía que mi abuela cargara con 76 años. Cuando pone su música favorita, bailamos y terminamos exhaustas tomando el té que yo dejaba en la tetera y los panes con mermelada. Ese momento es cuando mi abuela me cuenta historias. A veces me contaba los cuentos con los que me hacía dormir hace algunos años. Otras veces era la historia de su vida con algunas cosas fantásticas, pero sonaba tan convincente que llegaba un momento en el que creí que eran reales.

El invierno llegó. Cambié el menú de la merienda y esta vez mi abuela me ayudó a preparar algo especial: chocolate caliente y galletas con pasas. Estaba lloviendo, así que sólo salimos a la terraza. Algunas gotitas de lluvia nos rozaban las mejillas y causaban una sensación relajante. Era la sensación de estar vivo, de respirar ese aire helado que te congelaba la nariz.

La historia de hoy no fue alegre, ni triste. Esta tarde no hubo princesas, ni hombres que vendían lágrimas. No hubo ni siquiera un villano o un monstruo devora sueños.

—Ayer tuve un sueño, *mija* —Le daba un trago a su taza de chocolate—. O tal vez no lo fue. No estoy segura.

—¿Qué es lo que soñó, *abue*?

—Vi a Dinorah.

—¿Quién es Dinorah?

—Ella fue la que me salvó de la silenciosa muerte entre las paredes blancas del hospital.

2

Familia improvisada

*—Entonces… ¿Verónica Eigner? —Una enfermera le tomaba la presión a la señora Verónica.*

*—Así es.*

*—¿Sabe qué día es hoy?*

*—El cumpleaños de mi nieta.*

*—¿Sabe porqué está aquí?*

*—No. Lo único que sé, es que quiero regresar con mi nieta. No puedo perderme su fiesta.*

*—Usted le gritó a un niño. Le dijo que se alejara de su familia y dijo algo sobre un hombre...*

*—Eso es mentira.*

*—Y le arrojó un cuchillo. ¡Suerte que era de plástico! Su familia está muy preocupada; especialmente su nieta. —Hizo mucho énfasis en esta parte— Tienen miedo de que vuelva a perder el control. ¿Usted sabe lo que es la esquizofrenia? Porque al parecer ya tiene antecedentes.*

*—Yo no tengo eso. Por favor señorita, suélteme de la silla y déjeme volver con mi hija y mi nieta. Ellas son lo único que me queda de familia. —La señora Verónica comenzó a llorar.*

*A pesar de que la enfermera trataba de mantenerse fría, las lágrimas de la señora le tocaban el corazón; tenía la sensación de que eran sinceras. Era normal que a esa edad los adultos mayores tuvieran miedo. La enfermera, mejor que nadie entendía; tenía muchas experiencias dentro y fuera del hospital. Pensó en sus padres y en la familia de su marido.*

*—Por favor señora, tranquilícese un poco —le ofreció un pañuelo—. No se quedará aquí para siempre, será un tiempo muy corto y volverá con su familia antes de lo que se imagina.*

*La señora se limpió la nariz y se secó las lágrimas. Trataba de ser un poco optimista. No es la primera vez que termina dentro de un hospital y tampoco será la última. Decidió mantener su postura y hacer lo que fuera posible para volver a casa.*

\* \* \*

—¿Fueron muy malos contigo dentro del hospital, abuelita? —mi taza de chocolate iba a la mitad.

—No, mija. Al contrario. Me trataron con mucha paciencia. Mi única queja era la comida.

Mi abuela describió platillos tan insípidos, que los imaginaba como si los sacaran de un *buffet* de basura. Ensalada de pollo con crema que parecía queso; pudín de fresa con grumos extraños; hasta me dijo que una vez encontró patas de cucarachas en una sopa de letras. Eso ya no parecía un hospital. Usualmente todo tenía una limpieza tan extrema que podías comer sobre el piso. Mi abuela decía que todo tenía olor a lejía y a químicos con aromatizantes, como de aquellos botes bonitos con líquidos de colores que usamos en casa.

Mi abuelita continuaba contando sobre su llegada al hospital. Tenía una habitación compartida con una mujer mucho más joven que mi madre, como de veintitantos años. Yo sólo la vi una vez en una de mis visitas. No parecía que tuviera algún problema como los demás pacientes. Tenía el cabello largo, como hasta las rodillas, rizado y pelirrojo. Decían que llevaba diez años que no lo cortaba. Era de piel tostada. En una ocasión me vio con mi abuela en la sala de visitas. Nos saludó y puso una caja de dulces de leche frente a nosotras. Mi abuela decía que su familia venía una vez cada mes y le dejaban una caja con esos dulces. Jamás se los terminaba y pasaba su tiempo regalándoles dulces a los demás internos. Nadie se negaba a la sonrisa angelical que esbozaba.

—Se llamaba Allium. Tenía el nombre de una princesa y parecía una: Caminaba con mucha delicadeza; comía correctamente con los cubiertos; se cepillaba el cabello con tal esmero que podría tardar toda una mañana en ello. Tenía una apariencia muy inocente.

—¿Y entonces por qué ella estaba en el hospital?

—No te fíes de las apariencias, mi niña. Cuando estaba a solas en nuestra habitación, jugaba con muñecas y les arrancaba las extremidades. Como en cuatro ocasiones la hicieron dormir porque corría desnuda en los pasillos —Mi abuela soltó una risita—. Tardaron dos horas en poder atraparla; era muy escurridiza, como un zorro en el bosque. Aunque, un tiempo alcancé a notar cómo el director del hospital le miraba. Tal vez engañaba a sus subordinados, pero no puede engañar a una vieja que cuenta la experiencia con los años.

—¿Por qué abuela?

—El director del hospital, creo que su apellido era Johnson, buscaba cualquier pretexto para hacerla pasar a su oficina y podían tardar horas. Después, ella salía de allí muy seria. Ahora que lo pienso, creo que tuve razón respecto a lo que pensaba que pasaba detrás de esa puerta.

— No lo entiendo, Abuela.

— Mejor *mija*. Me alegro de que no lo entiendas. Existen muchas cosas en el mundo que es mejor no saber. A veces es más conveniente vivir detrás de una dulce mentira.

Allium salió del hospital antes que mi abuela. Ese día nos invitaron a una pequeña fiesta dentro de una sala apartada del hospital para su despedida. La chica pelirroja se despidió de mi abuela de un abrazo, uno muy fuerte. Hubo lágrimas y risas. Solo alcancé a escuchar «Gracias a ti, al fin soy libre». Después de eso, no hemos sabido nada de ella.

\* \* \*

*Mi nueva habitación era pequeña, pero muy acogedora. Era lo suficientemente amplia como para que dos personas tuvieran su privacidad. Las paredes eran de tonos beige y blancos. Había dos pinturas de diversos paisajes, uno parecía de mi pueblo natal. La enfermera me ayudó a acomodarme: dejó mi maleta debajo de mi cama y repitió tres veces que si necesitaba algo, presionara el botón de la pared. Le agradecí la atención y se retiró.*

*—Me llamo Allium, tengo un año aquí —La voz de una jovencita apenas se escuchaba. Miré alrededor para ubicar el origen. —¿Cómo te llamas?*

*—Me solían llamar Verónica, pero ahora me dicen vieja o abuela —sonreí.*

*—Me agradas mucho —la joven salió de su escondite, dio un salto sobre su cama y rebotó un poco acercándose a mí—. Realmente me agrada mucho, siento que hay algo en común entre nosotras.*

*—Tal vez es la razón por la que ambas estamos aquí.*

*—¿Somos amigas, verdad? —Allium me miraba con ojos de niño curioso.*

*—Claro que sí, jovencita. —Hubo un momento de silencio—. Aún recuerdo cuando tenía tu edad. Estaba enamorada de un joven un poco mayor que yo. La señora Mcphire decía que no tenía ninguna oportunidad de acercarme, me decía que me vería como un bicho raro. Que nadie querría amar a una loca que ni siquiera reconocía a su propia madre.*

*—¿Así le decía a su mamá? ¿Señora Mcphire? Me gusta. Suena ideal, ¿Por qué a mamá le tengo que decir mamá cuando puedo llamarla de otras formas que pueden reflejar sentimientos de cariño más profundos?*

*—Lo mismo pensé yo. Pero ella jamás lo comprendió.*

\* \* \*

Nuestras tazas de chocolate casi llegaban a su límite y la lluvia también bajaba de intensidad. Los recuerdos de mi abuela eran demasiado nítidos para que realmente tuviera lo que le habían diagnosticado. Mi mamá una vez me contó que cuando ella era niña, mi abuela pasaba horas hablando sola en su habitación y que había momentos en los que se pasaba las tardes escribiendo y arrojando cartas al viento, la cuales se les perdía el rastro en ese instante. Mi mamá nunca entendió a mi abuela. Ni siquiera le dio la oportunidad. Sólo una persona se la pasó en vela más de la mitad de su vida por mi abuelita, aunque jamás consiguió entrar en su mundo.

—Pobre de tu abuelo Cornelius —decía mi abuela—. Nunca lo dejé descansar.

Yo sé que mi abuelo amaba a mi abuelita, tanto como para quedarse con ella a pesar de sus actitudes inexplicables y misteriosas. En el caso de mi madre, ella no es tan paciente y discute seguido con mi abuela, la mayoría de las ocasiones por tonterías. Lo más que llega a ocurrir es que mi madre termine molesta y se encierre en su cuarto. Mi abuela termina riéndose y entre labios repite: «te dije que lo entenderías cuando fueras madre».

—Las cosas fueron pura rutina en los días siguientes de que entré al hospital; me moría del aburrimiento. Solo jugábamos cartas, *monopoly* y teníamos una mesa de *ping-pong*. Dime, ¿Crees que mis huesos soportan a esta anciana jugando *ping-pong*?

—Yo creo que sí, abuela —Asentí.

—Pues estás en lo correcto. Era la mejor jugadora que ese hospital ha tenido en la última década.

La lluvia se detuvo por completo y las tazas quedaron vacías.

—Abuela, tu historia es muy interesante, pero aún no hablas de Dinorah.

—¡Ah, sí! Casi lo olvido. Es casi imposible verla físicamente y quienes lo consiguen están…

—¿Cómo, abuela? Dime por favor.

—Están muertos. Pero es muy fácil enviarle cartas. Tengo dos cajones llenos de ellas. Sólo tienes que mandarlas con Misshio, la paloma mensajera.

Sonreí. Mi abuela seguía mezclando la fantasía con la realidad. Sé que en sus cajones sólo hay ropa y fotografías suyas de cuando era joven. Lo sé porque yo los llené antes de que llegara a casa y cuando mi abuela regresó no traía ni una bolsa en sus manos.

—¿Sigues enviándole cartas abuela?

—Sí, de hecho hoy me llegó una. Hablando de eso ponte otra chamarra más gruesa. Me dijo que te enfermarás de gripe el día de mañana. En la noche te preparare té de Abango.

—Está bien, abuelita.

Al día siguiente terminé en cama por la gripe.

3

El amor no viene del corazón

—¿Cómo te sientes, hija?

—Aún me duele un poco mi cabeza —Traté de levantarme para quedar sentada. Mi abuela me detuvo y me acomodó las cobijas y dejó en mi cómoda una taza de té de Abango y unas galletitas—. Muchas gracias, abuelita. —Mi abuela me levantó la blusa y colocó un ungüento de olor fuerte en mi pecho—. Abuelita, ¿Me podría contar una historia? Eso me animaría mucho.

Mi abuela acomodó una silla a mi lado sin dudarlo un segundo. Creo que no había algo que le gustara más que platicar sus historias.

—¿Tienes alguna historia en especial?

—Cuando estaba acomodando tus cosas encontré una fotografía de usted con mi abuelo, cuando eran jóvenes.

—Nuestra primera cita. Fue un completo desastre.

—Cuéntame abuela, cuéntame cómo fue.

\* \* \*

*El verano de este año fue más corto que una ola rompiéndose en la costa, pero una semana antes de regresar a la rutina habitual, Verónica se había armado de valor para invitar a Cornelius a una cita. En sus cartas con Dinorah, le había comentado de sus sentimientos por ese joven de ojos avellana. Él era un poco mayor que ella. Lo conoció en su primer empleo de auxiliar en una agencia periodística. Las palabras de Dinorah sólo se limitaban a repetirle que tenía que ahuyentar la cobardía e invitarlo.*

*—No pasa de que te diga que no —Se animaba.*

*Verónica creía que tenía todas las de perder, pero no estaba en Nördlingen. En Virginia, nadie sabía quién era ni de dónde venía. Nadie le decía loca o evitaba que sus niños le dirigieran la palabra. En Virginia, ella era quien quería ser y hasta ahora todos creían que era una buena persona.*

*—Hola, Cornelius. —Verónica se acercó tímidamente a la banca en donde estaba sentado el joven.*

*—Linda tarde de Verano, ¿No crees? —Cornelius dirigió su mirada justo a los ojos de Verónica.*

*Ella sentía que las manos le sudaban, tomaba sus lentes y jugaba con los bordes nerviosamente.*

*—Sí. Es muy tranquilo el parque a esta hora. Co... Cornelius, me gustaría preguntarte algo. —Verónica pasó saliva.*

*La expresión de Cornelius se llenó de curiosidad, se movió un poco en su banca e invitó a Verónica a sentarse. Ella agradeció con un gesto.*

*—Dime.*

*—Tú… bueno, ¿Te gus... te... te gustaría ir a tomar un café conmigo?*

*—¡Claro! Hay uno muy bueno cerca de aquí.*

*Verónica sentía que moría de felicidad. Jamás había experimentado algo así por alguien. Tras el paso de los minutos, Verónica se iba llenando más de confianza, mientras tanto, Cornelius platicaba sobre su vida en la ciudad, su familia, incluso platicaron sobre sus otros compañeros del trabajo. El café sólo era un pretexto para escuchar su melodiosa voz. Las palabras pronunciadas por Cornelius se deslizaban como notas musicales interpretadas en una sonata para Verónica.*

*—Eres de pocas palabras y yo nada mas no cierro la boca —Sonreía Cornelius.*

*—No es eso, me siento un poco nerviosa. Realmente no creí que fueras a salir conmigo. Muchas gracias.*

*—¿Por qué alguien te diría que no? —Cornelius se levantó de su silla acercándose a un lado de Verónica—. Este momento amerita algo para el recuerdo.*

\* \* \*

—Él le pidió a un señor que estaba sentado en otra mesa que nos tomara una fotografía y fue cuando me abrazó por primera vez —Mi abuelita soltaba un suspiro.

—¿Pero por qué dices que fue un desastre, abue?

—Después de la foto, accidentalmente derramé mi café sobre él. Quería que la tierra me tragara, pero fue gracias a eso que al día siguiente volvimos a salir.

—¿El abuelo Cornelius fue su único novio, cuando fue joven?

—Sí. No tenía ojos para nadie más y creo que tu abuelo tampoco. Me escribía poemas y me dejaba chocolates en mi escritorio de la oficina.

Mi abuela se quedó pensativa un momento.

—Abuelita, ¿Mi abuelito sabía de Dinorah? ¿Sabía que le escribías cartas?

—Se lo conté en una ocasión, después de que le presenté a mi madre cuando nos visitó en Virginia. Teníamos una relación formal. Recuerdo que mi mamá platicó algo con él y pasó apenas un mes cuando mi madre me envió por primera vez a un hospital. Ya había visitado los hospitales cuando era niña, pero imagino que nunca tuvo el valor de abandonarme —Una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¿Qué fue lo que pasó después?

—Mi mundo se caía. Pensé que la señora Mcphire tenía razón: ¿Quién podría amar a una mujer tan loca como yo?

—Usted no está loca Abuelita. Tal vez usted puede ver cosas que los demás no. Siente cosas que la gente cree imposible. Una persona loca no podría distinguir el amor. Una persona loca no podría amar como usted nos ama a mi madre, a mi abuelo Cornelius y a mí.

—Tu abuelo me dijo lo mismo, él nunca me abandonó dentro del hospital y en cuanto me dieron de alta me pidió matrimonio.

La boda de mis abuelos es una de mis historias favoritas, fue en las costas de Puerto Vallarta. El mar se puede oler desde que entras a Nayarit. Hay árboles, zonas selváticas, ríos y el clima húmedo se absorbe a través de la piel. Hay una fotografía donde mi abuela luce un hermoso vestido beige de tela, su cabello jugaba con el viento y la brisa del mar. Mi mamá estuvo presente ese día dentro del vientre de mi abuela.

Eso me hizo recordar las ocasiones que he visitado esas costas. No fueron muchas veces, pero tengo aún en mis dedos la sensación de la arena caliente y el sonido de la marea en mis oídos.

4

Sólo una visita al hospital

Una semana después, mi abuela comenzó a sentir piquetes en el pecho. Cuando se lo notifiqué por teléfono a mi madre regresó enseguida del trabajo, pasó por nosotras y fuimos directo con la cardióloga.

No entendía la apuración de mi mamá. En cambio, mi abuelita estaba muy tranquila y me abrazaba; mi cabeza quedaba en su pecho y el sonido de su corazón estaba muy acelerado. Cuando llegamos al consultorio, la doctora pasó apresurada a mi abuela, encendió una máquina extraña y comenzó a revisar a mi abuelita. Hablaban de términos que yo no entendía, excepto las palabras «Tiene que ingresar a un hospital de inmediato».

Llegamos al hospital. Entre enfermeras y doctores llevaron muy rápido a mi abuelita a una camilla y la metieron adentro de una sala que decía *urgencias*. Mi madre y yo nos quedamos afuera.

—¿Mamá? Mi abuelita no ha tenido ninguna crisis ¿Por qué tiene que estar en el hospital otra vez?.

—Ésta no es una crisis, cariño. Digamos que su corazón está un poco cansado, pero todo estará bien, ¿De acuerdo? —Mi mamá se agachaba quedando a mi altura—. No tienes nada de qué preocuparte.

Ella estaba más preocupada. Se le notaba que luchaba para que las lágrimas no salieran de sus ojos. El tiempo pasó lentamente y sólo estábamos afuera del edificio, con los brazos cruzados. Mi mamá hacía varias llamadas por teléfono. Imagino que se comunicó con mis tíos; llegaron en menos de una hora, acompañados de mis tías.

Mi abuelita sólo tuvo tres hijos: mi mamá, que es la mayor; mi tío Arley, dos años más chico que mi mamá; y mi tío Damián, cuatro años más joven que mi tío Arley. Mis tíos llegaron presurosos preguntando qué fue lo que había pasado. Apenas me vieron y pasaron de largo. Mis tías se saludaron entre sí y fueron adonde me encontraba. Me abrazaron y después dirigieron toda su atención a mi madre. Pasaron dos horas más y salió un doctor con una carpeta en mano, decía que tenían que firmar un documento autorizando que en cualquier situación podían entubar. Mis tíos se miraron entre sí y mi madre firmó el documento al ver que ninguno de mis tíos ponía un pero. La noche se acercó muy lentamente y las horas de espera se volvieron un martirio sin noticias de mi abuela.

—Hija, vas a pasar la noche en casa de tu tío Arley. Yo me voy a quedar a cuidar a tu abuelita.

—Yo también me quiero quedar a cuidarla.

—Sé que sí, amor, Pero no dejan entrar niños.

Me fui mordiéndome el labio. Nuevamente me alejan de mi abuelita.

—Tus primos estarán felices de verte —Mi tía Hanna trataba de animarme.

La casa de mi tío Arley era más grande, pero su jardín era más pequeño. En cuanto llegamos, ya había cuatro personas esperando en la puerta. Dos de mis primos eran mayores que yo y los otros dos un poco más pequeños. Todos eran igual de traviesos y jamás imaginé que el más pequeño se pareciera tanto a mi madre. Tenían los mismos gustos y tal vez por eso le agradaba tanto, porque sabía cómo comportarme con él.

A pesar de que pasé la tarde jugando, comiendo los platillos que preparaba la tía Hanna y viendo películas, el pensamiento de mi abuela no se borraba. La vi esta mañana y ya la extrañaba mucho. Esa noche mi tío Arley nos tendió varias colchas en la sala y los cinco nos recostamos para jugar videojuegos.

—No se desvelen mucho. Mañana iremos a visitar a su Abuela Verónica —Dijo mi tío.

—Sí, papi —Respondieron mis primos casi al unísono.

\* \* \*

*—¿Hombre sonriente? ¿Eres tú?*

*—Te dije que mi visita sería muy pronto, Verónica. ¡Mira qué hermosa te has puesto! Esas arrugas en tu piel se ven mejor que los horribles vestidos que traías hace años.*

*—Y en ese entonces tú eras un monstruo con una sonrisa llena de colmillos, plumas y garras gigantes.*

*El hombre sonriente estaba parado frente a mi cama, usaba un traje negro y corbata morada brillante. Lucía una clase de piel morena, pero daba la sensación de tener escamas más oscuras, con su cabello medio rizado y alborotado. Se paseaba por la habitación observando las máquinas que estaban atadas a mí.*

*—Ese sonido es muy molesto y más cuando el corazón se detiene —Su sonrisa se hacía más pronunciada—. El lado bueno es que tú ya no lo escucharás.*

*—¿Ya nos tenemos que ir? —Pregunté.*

*—Se supone que sí, pero eres de las favoritas de Dinorah. Me encargó que te entregara esto—.*

*Miré el pequeño sobre. Estaba completamente adornado con dibujos de flores y caritas felices. No pude evitar soltar una carcajada.*

*—Mi última carta.*

*—Antes de que la leas… —El hombre sonriente encendía la radio que estaba en la mesa — ¿Bailarías conmigo? Anda, por los viejos tiempos.*

*Dejé la carta en la mesita de lado y el hombre sonriente me ayudó a levantarme. Me tomó delicadamente de la cintura y agarró mi mano. Era suave. Jamás creí que el hombre sonriente fuera tan atractivo. En la radio sonaba un vals que apenas recordaba: paso, paso y giramos. Al comienzo estaba un poco rígida, pero después, mis dedos ya no crujían, mis rodillas no dolían y de mi rostro la piel ya no colgaba.*

*—Seas como seas, estés loca o no lo estés, tú eres y siempre serás la mujer más hermosa, la madre más cariñosa y la joven de la que siempre estuve enamorado.*

*Me sorprendí al escuchar esas palabras. Ese no era el hombre sonriente. Era…*

*—¿Cornelius?*

*Y ahí me encontraba, bailando en medio de la habitación número 404 del hospital estatal. De la mano del hombre de mi vida, que había muerto hace diez años. Mi querido Cornelius.*

*Fue como la primera vez.*

*\* \* \**

Me levanté más temprano de lo usual. Todos en casa de mi tío seguían roncando y aunque fueran familia, me sentía incómoda. Ansiaba ya ver a mi abuela. Estoy segura de que hoy regresará a casa. Sería bueno que le preparara una ensalada de frutas con mucha manzana, porque es su favorita. Mi tía Hanna bajó las escaleras y despertó a todos mis primos. Vi que se dirigía a la cocina y la seguí.

—¡Buenos días! Creí que aún estabas dormida.

—Suelo despertarme temprano para prepararle el desayuno a mi abuelita.

—¿Te gustaría ayudarme?

—Sí, tía.

—¡Qué linda! Ven, lávate las manos. Prepararemos panqueques.

Mi tía parecía impresionada al ver la agilidad que tenía en la cocina. Servía la harina sin que se cayera una pizca, mientras ella derrite la mantequilla yo medía las tazas de leche y mezclamos los ingredientes para lograr una mezcla homogénea. Es una receta fácil, pero también tiene su chiste para que queden esponjosos.

—Siempre quise tener una hija, pero que suerte tuve con cuatro varones. ¿Verdad? Todos iguales a su padre.

Sonreí. Mi tía me dejó usar su ducha. El día anterior no tuve la oportunidad de bañarme en casa y me sentía sucia. Mi abuela me recomendaba ponerme una mascarilla de miel y azúcar, me dijo que cuando llegó por primera vez a tierras mexicanas conoció a una mujer que le doblaba la edad, le dio un sinfín de recetas para cuidarse la piel. A pesar de que mi abuela nunca fue de las jóvenes que se arreglaban para verse llamativa, decía que todas las mujeres son vanidosas pero lo demuestran de diferentes maneras.

—Hija, tu abuelita quiere verte —Fue lo primero que me dijo mi madre en cuanto llegué al hospital.

Mi mamá parece confundida, me había dicho que no dejaban entrar niños en el hospital y lo confirmé desde que vi un gran letrero en el pasillo con la figura de un niño y una cruz encima.

Todas las personas que estaban esperando tenían la mirada en algún punto perdido del pasillo. Algunas madres amamantaban a sus hijos, otras leían el periódico o cualquier cosa que tuvieran al alcance de la mano, incluso las envolturas de las chucherías que habían comido. Llegamos a la habitación de mi abuela y una enfermera me abrió la puerta.

—Disculpe señorita, la señora Verónica quiere ver a su nieta a solas.

—Está bien. Ve, hija. Te espero aquí a fuera.

No parece que mi abuela esté durmiendo en esta habitación; usualmente son alumbradas y llenas de flores. Hoy no hubo tiempo para eso. Mi abuela se levantó de la cama y me miró tiernamente. Tenía muchos tubos conectados a los brazos y esas ropas delgadas no le lucían lindas. Recordaré traerle su vestido de claveles rojos para el día que le den de alta.

—Mija, te extrañé mucho.

Me lancé sobre mi abuelita. Su aroma había cambiado. Lloré de alegría de volverla a ver. Sólo pasó un día y le extrañé demasiado.

—Yo también, abuelita. Ya quiero que regrese…

—¡Shhh! Escucha, mija. No tengo mucho tiempo. Toma.

Mi abuela me dio en las manos un sobre adornado con flores y caritas felices, como esas de las que mis maestras solían poner cuando mis tareas estaban bien hechas.

—¿Qué es esto, abue?

—Prométeme que la abrirás cuando estés sola. No dejes que nadie te vea leyéndola, ni siquiera tu madre.

—Lo prometo, abuelita.

—Bien —suspiró aliviada—. Cariño, tú sabes muy bien que yo te amo y no te pido nada; al contrario, pero necesito que hagas algo por mí. Quiero que cuides a tu madre, al menos hasta que regrese.

Su voz se quebraba un poco.

—Eso lo hago siempre abuelita.

Mi abuela me soltaba lentamente. Su fuerza ya no era la misma del día anterior.

—Mija, también quiero hablar con tu madre. A pesar de que ya está madura sigue igual de traviesa como cuando tenía tu edad.

Nos reímos juntas.

—Nos veremos muy pronto. Lo prometo.

Mi abuela dio su último respiro en cuanto di el primer paso fuera de la habitación.

5

¡Qué recuerdos me traen los claveles rojos!

\* \* \*

*—¡No fue el tiempo suficiente! Tengo que volver. —Los brazos del hombre sonriente me ataban a él.*

*Trataba de alcanzar mi cuerpo, pero por más que intentaba, mi fuerza se desvanecía.*

*—Verónica, no puedo. Tú sabes que yo no puse las reglas. Hasta te dimos tiempo extra, deberías de estar agradecida.*

*—Lo estoy, pero no tuve oportunidad de despedirme de mi hija. Aunque me haya internado nuevamente en el hospital, sigue siendo la tierna bebé que tuve en mis brazos en este mismo cuarto.*

*—Existen otras formas y yo le puedo dar el mensaje por ti —Me susurró al oído.*

*\* \* \**

Todo pasó demasiado rápido: el sonido chirriante en cuanto salí de la habitación; mi madre jalándome a ella con lágrimas en los ojos; mis tíos tragándose el nudo en la garganta; los doctores golpeando el pecho de mi abuela con el desfibrilador. Parecía como si el tiempo se hubiese detenido, como si todo el mundo se cayera en pedazos y nadie en el hospital lo notara. Me ahogaba en llanto. Los abrazos de mi madre perdían calidez y sólo quedaba la desesperación del momento.

Ya no volveré a ver a mi abuela. Ya no sentiré sus brazos, el calor de su cuerpo, el olor a flores en su cuarto. Ya no está y aunque vi su cuerpo sin vida, sigo sin creerlo. Es algo que no puedo aceptar.

Dijeron que su cuerpo estaría en la funeraria a las cinco. Mi madre me dejó elegir el vestido de mi abuela. —El de claveles rojos— Le dije.

Mi abuela adoraba los claveles del jardín, incluso cuando no estábamos juntas, ella pasaba el tiempo cuidándolos y regándolos. Mis tíos decidieron velarla en un lugar pequeño. No éramos una familia grande, pero éramos muy unidos. Mis tíos solían turnarse para llevar a mi abuela de paseo en días diferentes o la invitaban de vacaciones cuando salían. Todos adorábamos a mi abuela, especialmente por su gran imaginación. Conocidos de mi madre y de mis tíos llegaban en todo momento. La mayoría fueron directos con mi madre, decían que ella fue la más afectada, que ella no tenía que arrepentirse de nada, que estuvo en todo momento con ella y para ella. Primos de mi madre que veía muy rara vez me abrazaban y me decían que tenía que ser fuerte. Soy fuerte, ahora yo voy a cuidar a mi madre tal como se lo prometí a mi abuela. Pero ella no cumplió la suya: ella me prometió que volvería pronto.

Termine exhausta en un sillón frente al ataúd. Eran aproximadamente las dos de la mañana. Mis ojos se cerraban lentamente cuando un vestido blanco con círculos negros llamó mi atención. Lo usaba una niña de casi nueve años, tenía el cabello rubio agarrado en dos coletas. Había una sonrisa burlona en su rostro y caminaba directo al cuerpo de mi abuela. Jugueteaba con las puntas de su cabello y pasaba la lengua por sus dientes. Tenía un clavel rojo en las manos. En un abrir y cerrar de ojos noté cómo en lugar de la niña había otra figura enorme y oscura que apenas alcancé a percibir en un abrir y cerrar de ojos. La niña ya no tenía la flor en las manos, ahora estaba sobre el ataúd en una posición que daba la impresión de que mi abuela la tenía en las manos.

Giró y cruzó mirada conmigo. Su sonrisa infantil se hacía más pronunciada. Caminaba sin despegar sus ojos de los míos, hasta que le perdí de vista entre la gente que caminaba de un lado a otro con café en las manos.

Me quedé con un escalofrío en la espalda y un sabor amargo en la boca. Miré nuevamente el ataúd y me acerqué a ver por última vez el cuerpo de mi abuela. No se parece a mi abuela: sus arrugas estaban estiradas y sus ojos cerrados estaban forzados; la quijada dura y una expresión fría, como si quisiera decir algo pero las costuras dentro de su boca no le permitieran emitir sonido alguno.

Mi mamá se acercó y me tomó de la cabeza. Conté tres lágrimas que cayeron de su mejilla a mi hombro dejando un par de marcas húmedas el suéter que traía.

Mi abuela terminó hecha cenizas en una cajita de mármol adornada con una plaquita de plata al frente. Tenía su nombre grabado con una tipografía caligráfica y la fecha de su muerte. La dejamos cerca del comedor en un pequeño altar improvisado cubierto de sus flores favoritas y una fotografía donde está ella, mi madre y yo entre las dos. Sonriendo. Felices. Justo como hace un par de días. Abuelita, si te dieras cuenta de cómo nos haces falta.

Mi madre llora en las noches y yo en los días que me quedo sola. Aún sirvo la merienda a la misma hora y preparo el pan con mermelada de manzana que tanto saboreaba, aunque ahora en lugar de sentirme satisfecha, termino con un hueco en el estómago.

El día de hoy, hacía más frío de lo usual. Preparé dos tazas de té y las dejé en la mesa del jardín. Regresé dentro de la casa por el pan con mermelada, cuando escuché el sonido de la taza impactando delicadamente con el platito de cerámica. Salí con el pan en la bandeja, dejándola caer en ese instante.

—Oye, ¿Acaso tu mamá te enseñó a desperdiciar la comida?

Era la niña del vestido de círculos negros.

—¿Cómo entraste aquí? -

—¿De todo lo que me puedes preguntar es lo primero que se te ocurre? ¡Que niña más ingenua! Eres idéntica a tu abuela cuando tenía tu edad. —La niña se tomaba la taza de té de un sorbo—. Dame más, por favor.

Llené la taza de la misteriosa niña mientras ella jugaba con las puntas de su cabello.

—Iré a preparar más pan con mermelada. - dije.

—No, dame esos que cayeron al piso.

Me quedé un poco confundida y sólo alcancé a pasarle el plato con el pan. Parecía que no había comido en días. Se zambullía tres de una mordida y se los pasaba sin masticar.

—Tú no eres una niña normal, ¿Quién eres? ¿Cómo es que conoces a mi abuela? —Pregunté curiosa.

—No has leído la carta, ¿Cierto?

Me metí la mano al bolsillo del pantalón. ¿Cómo pude olvidar algo tan importante como eso?

—Léela, en voz alta, por favor —Decía la niña limpiando la mermelada que yacía en la comisura de sus labios.

Abrí el sobre y había dos hojas dobladas en cuatro. Desdoblé la pequeña y me aclaré la voz para comenzar a leer.

*Mi querida niña:*

*No parece que hayan pasado 78 años desde que te escribí la primera carta. Desgraciadamente, ésta tiene que ser la última. Has crecido y aprendido tantas cosas que incluso tú ni te das cuenta. También, gracias a ti comprendí más cosas sobre los humanos; bueno, los tres aprendimos mucho sobre ustedes.*

*No puedo ofrecerte nada más, mi pequeña, sólo cumplir un pequeño capricho que me habías comentado en tu carta anterior. Tu partida de la Tierra no tendrá dolor y ansío tenerte bajo mi regazo nuevamente. Cornelius no deja de preguntar por ti y Thomson extraña jugar al escondite contigo. Estamos ansiosos de tu venida.*

*Con cariño.*

*Dinorah*

—Dinorah…

—Te falta otra.

*Espero que me hayas escuchado y estés leyendo esto a solas. Mija, le pedí a Dinorah que te permitiera leer las cartas que estuve recibiendo de ella. Sé que no creías mis palabras, pero confiabas en mi cariño. Esto te puede traer problemas con tu madre si se entera. Desearía que no te molestes conmigo. Tal vez debí decirte que ya no volvería, pero temí que rompería tu corazoncito…*

Mi voz comenzaba a cortarse y el nudo en la garganta se hacía más intenso.

*Me duele mucho tener que marcharme, pero no es algo que yo pueda decidir. Dinorah es una vieja amiga y quisiera que también sea tuya. Ahora veras el mundo de la manera como yo lo hacía. Conocerás al hombre sonriente; tenía la curiosidad de saber cómo eras, ya que le platicaba mucho de ti. No te fíes de sus palabras, nunca te mentirá pero sabe cómo usarlas y hacer que todo termine en tu contra. El hombre de ojos escarlata sigue siendo un misterio para mí, pero deberías temerle. Hasta el hombre sonriente huye de las sombras cuando está en su presencia.*

—Verónica me conoce bien. —La niña comenzó a carcajearse.

*No te hablaré de Dinorah porque ahora es tu turno de conocerla. Cuídate mucho, cumple todos tus sueños, sé que nos veremos pronto y espero que no tan pronto. Construye experiencias y vive, vive para que después tú tengas historias que le puedas contar a tus futuros hijos y nietos. Lo disfrutarás, créeme; de la misma forma que yo adoraba contarte mis cuentos.*

*Con amor.*

*Verónica*

Un escalofrío pasó por mi cuerpo.

—Tengo que advertirte algo niña: no pienses que será algo maravilloso el tener el mismo don de Verónica. Es más horrible de lo que crees. Toda la gente que ha pasado por eso sufre de pesadillas, han acabado con su vida, perecen solos o terminan entre paredes blancas. ¿Te recuerda a alguien? —La niña se levantaba de la silla—. Imagino que tienes muchas dudas, pero tendrás que resolverlas por ti misma.

—¿Qué es lo nuevo que podré ver? —preguntaba.

—¿Recuerdas la «crisis» de hace dos años de tu abuela? Ella no atacó al niño porque estuviera loca, como dicen ustedes. Ese niño era un habitante de Hickerland, escapó y la única manera que tiene para sobrevivir entre los humanos es devorando parte de su esencia. Tu abuela te salvó. Ese niño estuvo a punto de devorarte.

—¿Qué es Hickerland?

—No es *qué*, sino *dónde* —La niña pronunció más su sonrisa—. Te daré una pista: el cajón de tu abuela.

La niña tomó más pan con mermelada y corrió hasta que la perdí de vista cuando giró en la esquina de la casa. ¡Qué niña más rara!

Me quedé sentada un momento pensando y releyendo la carta. Hombre sonriente, Hombre de ojos escarlata, Dinorah. ¿Qué tienen que ver ellos con mi abuela? Más importante aún: ¿Qué tienen que ver con la gente? La niña no hablaba como si fuera una pequeña, sus palabras eran frías, directas y llenas de una extraña sinceridad. ¿Por qué se autodenominaba como el hombre sonriente si sólo era una niña? Mi cabeza va a estallar.

Sólo existe una forma de aclarar mis dudas. Fui directo al cuarto de mi abuela. Estaba frente a su puerta cuando me detuve en seco y toqué tres veces.

—Abuelita, voy a pasar.

Giré la perilla y un aire cálido pasó a mi lado. Todo estaba tal y como ella lo había dejado: un puñado de galletas a un lado de su televisor; su taza con agua de garrafón; un vaso donde colocaba su dentadura y algunas monedas apiladas cerca de sus cepillos. Aún conservaba el aroma de perfume. Mis ojos se llenaban de lágrimas de sólo recordar que mi abuela ya no estaba. Caminé lentamente por su cuarto y me hinqué hasta el cajón de su cómoda. No sé qué esperaba encontrar, si lo único que había eran fotos y ropa. Cuando lo abrí, una gran cantidad de cartas brotaron a montones y salieron del cajón llenando mi alrededor con papeles viejos.

6

Criaturas de Hickerland

Han pasado varias horas o tal vez ya pasó toda la tarde. Perdí la noción del tiempo mientras leía carta tras carta. Las historias que contaba mi abuela sonaban más lindas de lo que realmente son. Mi abuela estuvo internada en hospitales psiquiátricos desde joven; fueron más ocasiones de las que ella hablaba. Mi bisabuela la abandonó enviándola a Estados Unidos a su suerte cuando solo tenía quince años. Vivió en la calle un tiempo y sobrevivió como pudo, aceptando trabajos que le arruinaron las manos y otros que yo ni siquiera sabía que eran empleos. Ahora sé porqué mi abuela se enamoró de mi abuelo Cornelius: él le ofreció un trabajo, un techo y una oportunidad de salir de la mala suerte que se cargaba. Mi bisabuela se enteró y fue a visitarla. Ocurrió sólo cuando pensó que estaba curada. Al ver que no fue así, trató de convencer a Cornelius de internarla nuevamente en otro hospital y de alguna forma funcionó. Mi abuela tenía razón, Dinorah le salvó de la silenciosa muerte del hospital, el hombre sonriente la acechaba a diario. Mi abuela nunca perdió su cordura, por más que le decían que estaba loca. En sus cartas no cuenta si estaba triste o si estuvo enojada por lo que mi bisabuela le hizo, sencillamente sólo aclara que todos los humanos le temen a lo que ellos no conocen. Nadie conoce a Dinorah y los pocos que hablan con ella ocultan su existencia.

—¿Por qué, abuelita? ¿Por qué disfrazaste tu vida con fantasías para una niña? —me dije a mí misma.

—Porque son cuentos para niños.

La misteriosa niña había regresado. Se acostó boca abajo sobre la cama de mi abuelita.

—La vida de Verónica no es triste, de hecho ella es muy afortunada. Es la única que conoció a Dinorah en persona. —la niña tenía un mechón de cabello en su boca.

—No lo comprendo —le dije.

—Te lo diré de una forma que tú lo entenderás: Todos los seres que mueren terminan en Hickerland. No es un paraíso y no es un infierno como ustedes consideran, sólo es un mundo en el que los vivos no entran. Pero tu abuela, Verónica, estuvo ahí cuando era sólo una pequeña e insignificante mocosa. Existe una pequeña historia sobre lo sucedido, pero tardaría mucho tiempo en contártela y creo que será mejor en otra ocasión.

—Pero…

—Tu madre está por llegar. Si yo fuera tú, acomodaría todo este desastre. Y algo más antes de irme: te recomiendo no hablarle a nadie sobre mí. Nadie me ve de la misma manera que tú. Para ti, soy una niña inofensiva, pero para otros, puedo ser la peor de sus pesadillas. —Me tomó del rostro y me dio un beso en la mejilla.

—Eso es de parte de tu abuela.

La niña desapareció debajo de la cama.

Acomodé en orden las cosas de mi abuela y salí de la habitación sin dejar rastro de mi presencia. Mi madre había llegado con una bolsa de pollo frito. Puse manteles en la mesa y me senté a cenar con ella. Hacia mucho tiempo que no cenábamos juntas. Cuando ella llegaba, usualmente se servía un plato de cereal y subía a su cuarto a ver el televisor. Comíamos en silencio.

—Perdóname, hija. —solté mis cubiertos al escuchar eso.

—¿De qué hablas, mamá?

—Creo que no soy una buena madre. Toda mi vida la invierto en el trabajo, incluso cuando eras un bebé, tu abuela era la que se encargaba de ti. Perdóname, por favor. —Mi madre lloraba.

—No tengo nada que perdonarte, mamá. Tú has hecho todo lo que haces por nuestro bien. —me levanté y la abracé.

—Cambiaré. Lo prometo. Pasaré más tiempo contigo. Estaré en casa las horas de comida y cenaremos juntas. Los fines de semana saldremos de paseo con tus primos y planearé unas grandes vacaciones una vez al año.

—Está bien, mamá. Pero tampoco te esfuerces demasiado, ¿De acuerdo? Te amo, mami.

Esa noche nos quedamos en la cama de mi madre viendo una película. Mamá ya estaba cansada y se quedó dormida justo en la mejor parte. Yo estaba más que despierta y me quedé observándola un momento. Me levanté y apagué el televisor.

Escuché un suspiro detrás de mí y se me congeló el alma. Todo estaba en plena oscuridad. No conseguí gritar o incluso girar para tratar de ver qué estaba detrás de mí.

—Tengo… hambre.

—¿Quién eres? —susurré.

—¿Puedes… escucharme? —la respiración de esa cosa se hacía muy pronunciada.

—Ya no… está aquí… no … te protegerá…

No sé de dónde conseguí el valor para moverme y tratar de encender la luz, pero cuando toqué el interruptor algo cubierto de baba me tomó la mano y me jaló a la penumbra. Mis ojos apenas se acostumbraban a la oscuridad cuando tenía a esa criatura frente a mí, acorralándome entre la pared de la cocina y su cuerpo pesado y oloroso a moho.

Grité. La criatura puso algo en mi frente, me sentía débil. Vi como la luz del cuarto de mi mamá se encendía y conseguí ver a la criatura.

Tenía la figura de hombre, la piel parecía plástico derretido y había tentáculos pequeños y finos como hilo que me ataban. Mi madre salía corriendo de la habitación diciendo mi nombre.

—Hija, ¿Qué estás haciendo?

—Ella no… puede verme —el hombre desfigurado hacía un sonido parecido a una risa.

—¡Deja de estar jugando, hija! Me estas asustando.

No podía mover mi cuerpo y las palabras no salían. Ya no sentía mis dedos y comencé a marearme hasta que perdí el conocimiento.

Todo estaba oscuro. Había un sonido muy penetrante, una alarma tal vez. Tenía mucho frío. Trataba de abrir mis ojos.

—Está despierta —apenas escuchaba.

Mis dedos estaban helados. Parecía como si al moverlos se fueran a quebrar.

—¡Es una recién llegada! Tenemos que darle la bienvenida como se debe.

—¡Avísenle a Thomson!

¿Thomson? Abrí los ojos completamente. Había mucha gente a mi alrededor. Me miraban de forma curiosa: unos sonreían, otros me saludaban y algunos otros se susurraban cosas.

—¡Bienvenida a Hickerland!

7

Los mejores amigos no se miden en tamaño

La gente estaba extrañamente alegre, no había una sola gota de tristeza en el aire. Era confuso ver niños que hablaban como adultos; jóvenes que se comportaban como viejos; adultos que se portaban como niños y algunos animales más sociales que la misma gente. Las mujeres eran hermosas pero de alguna forma, muy parecidas entre sí, además de que me recordaban a las famosas que salían en películas.

—¿De dónde eres?

—¿Cómo te llamas?

—¿Todo sigue igual que hace diez años?

Me bombardeaban con preguntas que no sabía contestar exactamente. Frente se interpuso una pequeña figura en la multitud.

—¡Déjenla en paz! Todos regresen a sus asuntos personales.

Todos comenzaron a disiparse sin rechistar. El hombrecillo me miró serio y respiró muy profundo.

—Ya no estoy para atender niños, pero bueno. Me llamo Thomson.

—¿Thomson? Tú apareces en las cartas de mi abuela.

—¿Eh? ¿Tu abuela? Espera un segundo —Thomson se puso a pensar un poco—. ¿Eres la nieta de Verónica?

Asentí y Thomson me miraba de arriba a abajo, trataba de encontrar alguna similitud entre nosotras dos.

—¿Qué demonios haces aquí? —Había un rastro de enojo y duda en su rostro. Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—No sé qué fue lo que me pasó. Fui atacada por una extraña criatura y después sólo aparecí en este lugar. En Hickerland.

Me puse de pie y miré a mi alrededor. Parecía una ciudad cubierta de luces, fiestas y comida. El aire era dulce y la gente podía cambiar de apariencia en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo es que cambian de forma?

—Cuando estás muerto, puedes verte de la manera que quieras. Pero no cambies el tema, niña. Eso que te ocurrió es grave, tienes que hablar con Dinorah enseguida.

—De acuerdo.

Thomson subió a mi hombro y caminé durante un buen rato. Aquí no hay relojes, no hay algún significado del día o de la noche. Es como si el tiempo estuviera congelado para todos. Podría decir lo mismo de la distancia, cuando miraba hacia atrás el paisaje cambiaba constantemente: bosques, praderas, selvas, ciudades de diferentes tamaños. Fue como si recorriera el mundo en solo un momento. Thomson parecía tranquilo, pero se notaba que algo le molestaba. ¿Seré yo la razón?

Traté de recapitular lo que había ocurrido ¿Qué habrá pasado con mi madre? Me preocupa que haya tenido el mismo destino que yo. Di unos cuantos pasos más cuando mi pie se quedó atascado en una masa entre marrón y verde.

—El pantano. Sigue el sendero de piedra y ten cuidado. Si caemos no podremos salir del fango.

Parecía un nivel de videojuego de plataformas, solo faltaba el villano que sigue al héroe, trampas y sugeriría unas cuantas zonas de *check point.* Algunas ramas sobresalían del lodo. Si tan solo pudiera, saltaría sobre ellas y cruzaría el paraje.

—Pero si ya estamos muertos, ¿Qué es lo que puede pasar? —pregunté.

—Llegaríamos a las tierras del hombre ojos escarlata. No quieres estar allí, créeme.

—Mi abuela también me advirtió de él ¿Por qué le temen tanto? —Saltaba de piedra en piedra tratando de no resbalar. Algunas se hacían más puntiagudas y otras se hacían más pequeñas.

—No sé cómo explicarlo, niña. Simplemente es alguien con el que no te gustaría tratar.

El piso comenzó a temblar un poco.

—No te muevas —decía Thomson—. ¿Te gustan las ballenas?

El lodo del pantano comenzó a burbujear. Temblaba más fuerte y terminé cayendo sobre mis rodillas tratando de sujetarme de la roca en la que estaba parada. A lo lejos, una figura enorme salió del fango: era una ballena de tonos rosas que removía todo a su paso. Su cuerpo se movía de arriba abajo, creando curvas y empujando el lodo. Cantaba. Tenía un sonido muy melodioso y con un ritmo que se quedó tan grabado en mi mente que comencé a tararearlo. Me dio la impresión de que la ballena escuchó que seguía su canción: levantaba su cola y la hundía lentamente nadando hacia nosotros. Su canción se hacía más fuerte al paso que se acercaba.

—Sigue cantando, niña. Creo que le gusta.

Subí la voz y continuaba la melodía. Me recordaba a la canción de cuna de mi abuela. Empecé a cantar la letra:

*En un pantano en la tarde a las seis,*

*Jugaban las hadas vestidas de piel*

*Buscando criaturas de pan y miel,*

*Acechan las cunas moviendo el carriel.*

*Suaves sombras que roban la luz*

*Mientras el miedo asoma con ellas*

*No grites pequeña, las hadas escuchan.*

*Podrían devorar mi pequeña de pan.*

*Tan dulce que la miel desborda*

*De esas lagrimas que caen*

*Como perlas en el mar, no llores más.*

*A salvo estarás.*

Al terminar, la ballena abrió su boca. Era tan grande que creí que nos tragaría de un mordisco.

—¿Cómo es que conoces esa canción?

—Mi abuela la cantaba en las noches —sonreí.

Thomson bajó la mirada y se quedó serio por un momento. Alcancé a escuchar cómo susurraba «te pareces mucho a Verónica». No sabía qué decir. Cada vez que el nombre de mi abuela estaba en el aire, me hacía recordarla y todo rastro de alegría desaparecía en el momento.

La ballena se sumergió dejando su lomo al descubierto a nuestro lado. Thomson me hizo una seña para que subiera. Tenía un poco de desconfianza. Una ballena rosa nadando en lodo como si fuera agua y cantando en acordes que sonaban a la música que emiten los chelos. Dudosa, subí a la ballena. Su piel era espesa y a pesar de que estaba cubierta de lodo era agradable al tacto. Cuando mi abuela escribió que viviera nuevas experiencias no sé si se refería a algo así, pero muero por contarle de esto a alguien. Nuestro viaje en ballena terminó en una costa de piedra, carbón y cristales.

—Muchas gracias por el aventón —Thomson le agradeció.

—Bien, niña. Bájame, por favor. —puse a Thomson sobre una saliente de cristal.

—¿Y ahora a dónde, Thomson?

—Sólo nos queda esperar.

—¿Qué? No puedo quedarme con los brazos cruzados. Tenemos que llamarla.

—Ella está en todos lados. Sólo tienes que esperar a que llegue al lugar indicado.

—Tiene que haber otra forma.

—¡Ja! ¿Crees que Dinorah se invoca, o algo así?

Me quedé pensativa un momento.

—Sólo sé paciente —me calmaba.

Una oleada de sentimientos pasó por mi cuerpo. Todo el recorrido para sólo sentarnos a esperar. Mientras, no sé qué ha pasado con mi madre ni con la criatura que me trajo a Hickerland.

—¡DINORAH! —Grité. Repetí el nombre de Dinorah hasta que no pude más. Thomson palideció y trató de callarme.

—¡Detente, niña!

—¡DINORAH!

De repente un brazo salió de la tierra tomándome del rostro, traté de zafarme en vano. Mis pies no tocaban el piso y de un momento a otro me arrojó con fuerza a las rocas. Me sentí sofocada.

—Esto es malo, muy malo. – Thomson corrió hacia mí, ayudándome a levantarme un poco.

—¡¿Qué es eso!?

Otro brazo salió al otro extremo de la costa, jalaba las rocas y creaba estruendos cuando se impactaban con el piso.

—El hombre de ojos escarlata te ha escuchado.

8

El hombre de ojos escarlata

El carbón se inflamaba, fuego y llamas se esparcían por toda la costa. Las ramas se hacían cenizas al contacto. Los brazos gigantes se acomodaban jalando el suelo y una especie de sombra comenzaba a salir lanzando rocas en llamas a nuestro alrededor. Terminamos acorralados. Thomson temblaba y se tomaba de mi cabello. Las sombras tomaron forma de una persona gigante. Cuando pensé que no se podía poner más aterrador, abrió un par de ojos sin pupila.

—¡¿Quién osa llamar a Dinorah de esa forma?!

La voz que provenía de la sombra era rasposa y hacía eco dentro de mis oídos.

—Se… señor, disculpe. E… ella es una recién llegada.

—¡Cierra la boca, Thomson! —Las llamas crecieron. La sombra gigante se acercó amenazante—. ¿Quién eres tú? —me señalaba.

—Soy la nieta de Verónica —Apenas pude tomar aire después de que me lanzó. Traté de sonar segura.

—¿Verónica? —Gruñó—. No comprendo qué hace tan especial a esa mujer ¿Qué razón tienes como para solicitar una audiencia con Dinorah? ¿Te sientes tan importante para gritarle de esa manera? —su voz se llenaba de cólera.

—Señor, permítame explicarle —Thomson bajaba la cabeza tímidamente, retirando su sombrero—. Fue culpa de un habitante de Hickerland. Al parecer uno que escapó y ahora causa estragos en la tierra.

—¡¿Acaso estás diciendo que no hago bien mi trabajo?!

—¡Rojito! ¿Sigues tratando de atormentar a los habitantes con ese *look?*

Se escuchaba una carcajada. El tono de esa voz me pareció muy familiar.

—Éste no es tu asunto, cachorro.

El fuego se apagó y la sombra gigante se encogía lentamente hasta quedar al doble de mi estatura. El hombre de ojos escarlata era un joven muy atractivo. Tenía el cabello negro, largo por debajo del cuello. Sus ojos eran brillantes y tenía una mirada con la que sentía que cientos de cuchillos me atravesaban el corazón.

—¿Niña? —el hombre sonriente parecía un mayordomo de la época Victoriana. Se acicalaba el cabello blanco hacia atrás y dejó de sonreír por un segundo—. Tú no debes estar aquí. Quiero decir, ¿Cómo demonios terminaste aquí?

—Es lo que quiero explicarle a Dinorah.

—Dinorah me castigará si sabe esto —El hombre sonriente parecía preocupado—. Tú no debes de estar muerta, no es tu hora.

—¿Dinorah? ¿Castigarte a ti? ¡Por favor! Si has hecho cosas peores y lo más grave que te ha pasado es quedarte encerrado en tus dominios. Como aquella vez que lanzaste una roca en llamas a la tierra hace millones de años —El hombre de ojos escarlata apretaba los dientes.

—¡Eso fue un accidente! —El hombre sonriente se ruborizaba de vergüenza—. Además, si no hubiera sido por mí, las cosas no estarían como están ahora. Esos reptiles gigantes no eran muy educados, ni inteligentes —Desviaba la mirada.

—Ese es el problema ¡La actualidad es un desastre! - exclamaba el hombre de ojos escarlata.

El hombre sonriente y el hombre de ojos escarlata discutieron por asuntos históricos que jamás hubiera pensado que ellos fueran los causantes. En los libros de historia mencionan hechos que no tienen explicación y ahora todo tiene sentido: antiguas culturas que gobernaron sobre otras gracias a los conocimientos compartidos del hombre de ojos escarlata; templos antiguos dedicados a dioses que en realidad eran representación del hombre sonriente y esculturas de musas que asemejan una belleza imposible entre los humanos que eran vagas ideas de cómo veían a Dinorah. Nadie me creería si les contara sobre esto.

Thomson seguía un poco inquieto. Estar frente a esos dos le ponía los pelos de punta.

—No llegaremos a nada con discusiones absurdas. —El hombre de ojos escarlata le dio la espalda al hombre sonriente.

—Siempre dices eso y eres el primero en comenzarlas.

El hombre de ojos escarlata se me acercaba. Sin decir una sola palabra, me tomó de la cabeza y pegó mi rostro en su cuerpo. Todo se oscureció nuevamente.

Tenía una sensación parecida a cuando se entume alguna parte del cuerpo, como un cosquilleo molesto. ¿Qué es ese sonido? ¿El latido de un corazón? Es uno muy débil, el cuerpo hace un gran esfuerzo por mantenerlo vivo.

—Lo siento mucho, señora. Por ahora es todo lo que podemos hacer.

No puedo ver nada, no se quien está hablando.

—Sólo es una niña. ¿Cómo pudo pasarle eso?

¿Esa es la voz de mi mamá?

—¡Por favor! ¡Despierta, hija! ¡Mamá te necesita! —Mamá está llorando.

—Mami, estoy bien. Estoy despierta. ¡Escúchame!- Traté de gritar con todas mis fuerzas.

—No quiero perderte.

—¡Mamá! ¡Aquí estoy!

—Hola, pequeña —esa voz era muy dulce, pero áspera—. Siento mucho si los caballeros fueron rudos contigo.

Conseguí abrir los ojos lentamente, apenas se acostumbraban a la extraña luz. Sentía una mano en mi frente y cuando alcancé a ver a la perfección, quedé boquiabierta en ese instante.

—Me alegra que hayas abierto los ojos, mi niña. Permíteme presentarme: mi nombre es Dinorah.

9

Los recuerdos no se guardan en la mente

Tres veces mi estatura. Una figura femenina de pieles negras y tan duras que parecía cubierta de Obsidiana. Su cabeza no tocaba su cuello y flotaba al igual que su torso. Sus extremidades eran largas y sus piernas terminaban en puntas afiladas. Sus manos parecían garras de mármol y sus ojos: era la mirada más tierna que había visto en mi vida. De sólo mirarla, olvidaba todas mis preocupaciones. Había tanta tranquilidad y calidez en su ser, que a pesar de su extraña apariencia, nadie sentía alguna muestra de miedo o desconfianza.

—Dime, pequeña. ¿Cuando tu abuela hablaba sobre mí, imaginaste algo así?

—No. —pasé saliva—. Creí que serías algo… hmmm... más humano. —me quedé apreciando el cuarzo incrustado en su frente.

Dinorah esbozaba una sonrisa. Se sentó a mi lado y acarició mis mejillas. Me sentí como un cachorro en los brazos de un niño. Sus manos pasaban ásperas por mi piel y se enredaban en partes de mi cabello, recorrían mi rostro y luego bajó por mi cuello. La sonrisa de Dinorah desapareció suavemente mientras colocaba unos mechones de cabello detrás de mi oreja.

—Pequeña, tienes que saber algo importante. —le miré directamente a los ojos—. Estás en un grave peligro.

Dinorah me condujo tras unas paredes cubiertas de piedra tallada. No alcancé a distinguir bien las figuras ilustradas, me recordaban a las antiguas formas de escritura egipcias pero con una combinación de números romanos. Llegamos a un pasaje lleno de enredaderas y flores que jamás había visto en la Tierra. El piso estaba cubierto por arena blanca y conchas que uno encuentra en las costas del mar. Mis pies se hundían y lo suave de la arena me relajaba.

—Mira, pequeña: esa eres tú.

De la arena brotaba agua que hacía figuras en el aire. Después, a través del agua vi una persona: era yo. Mi cuerpo estaba sobre una cama del hospital. Mi mamá estaba adormilada a mi lado.

—Tu madre está muy preocupada por ti. Thomson me contó un poco sobre el incidente y quiero que sepas que siento mucho que te haya ocurrido esto. Incluso con el poder que nos concierne, existen cosas que están fuera de nuestro control. —Dinorah se puso de rodillas y bajó la mirada—. Te ruego que me disculpes, pequeña.

Me quedé sin habla y más cuando el hombre sonriente y el hombre de ojos escarlata entraron por las enredaderas. El hombre de ojos escarlata hervía en furia.

—No fue tu culpa, Dinorah. Yo debí cuidar las almas. Ese es mi propósito y te fallé —el hombre de ojos escarlata se agazapaba acercándose a Dinorah.

—¿Cómo podría culpar a mi más hermosa y preciada creación?

Dinorah tomó de las manos al hombre de ojos escarlata.

—Pequeña, ¿Estás molesta con nosotros? Nuestros errores te han quitado la vida.

Me quedé un momento pensativa. «Un error» ¿Desde cuándo la muerte es un error? ¿No se supone que es un destino que no se puede evitar?

—Todos cometemos errores, Dinorah. Pero dudo mucho que esto lo sea, así que no te preocupes. El hombre sonriente dijo que aún no era mi momento, entonces ¿Podrías enmendarlo?

Los ojos de Dinorah y del hombre de ojos escarlata brillaron. El hombre sonriente estudiaba la escena pasando la lengua por sus dientes. Estoy segura que detrás de esa sonrisa oculta algo muy perverso.

—Dinorah, creo que debemos de tomar la palabra de la niña. Lo menos que podemos hacer es corregir lo que el fugitivo ha causado —el hombre de ojos escarlata ayudaba a Dinorah a ponerse de pie.

—Tienes razón —Dinorah asentía.

—Ahora que lo pienso, no estoy de acuerdo —El hombre sonriente interrumpió.

—¿Qué tonterías dices, cachorro?

—Niña, ¿Quieres regresar a casa con tu madre?

Moví mi cabeza afirmativamente

—Entonces, ¿Qué tal un pequeño juego?

Me quedé un poco en blanco. Creí que sólo me regresarían a mi cuerpo y todo acabaría en este instante. Por un momento imaginé un futuro en el que yo seguía mandándole cartas a Dinorah tal como mi abuela, guardándole secretos a mi madre y a la gente a mi alrededor, hasta la idea de un lindo romance cuando fuera mayor, pero ahora…

—En Hickerland no solo habitan las almas de los vivos, también sus recuerdos andan por doquier. Una de mis responsabilidades es guardar esos recuerdos en los lugares que designó para cada uno. Es un trabajo muy aburrido, ¿Sabes? —el hombre sonriente se aclaró la voz y prosiguió—. Quiero que encuentres los recuerdos de Verónica, esos son muy importantes para Dinorah porque son los primeros en donde su imagen viva aparece. Tienes exactamente tres días humanos, antes de que tu corazón en deje de latir. De lo contrario, pasarás toda la eternidad en Hickerland y dejarás a tu madre sola en la Tierra. No podrás cumplir la promesa que le hiciste a tu abuela. Imagina cómo se sentirá cuando se entere —El hombre sonriente fingía tristeza.

—Pero Hickerland es muy grande, ¿Cómo voy a saber exactamente dónde buscar?

—Te otorgaré un poco de ayuda. Thomson y una sorpresa te esperan fuera de los jardines. Pero antes, ¿Estás de acuerdo con los términos?

El hombre sonriente me extendió la mano y la tomé sin dudarlo. No voy a abandonar a mi madre.

—¡Excelente! Una cosa más: el tiempo puede volverse tu peor enemigo.

—Dinorah, ¿Lo vas a permitir? —El hombre de ojos escarlata se ruborizaba del coraje.

—No debo intervenir y lo sabes —Dinorah tomaba entre sus brazos al hombre de ojos escarlata—. Esto le dejará a esa niña buenos recuerdos sobre Hickerland y bien sabes dónde se guardan esos recuerdos.

El hombre de ojos escarlata cerró sus ojos y se dejó llevar por la calidez del pecho de Dinorah.

Caminé de la mano del hombre sonriente mientras observaba como Dinorah mimaba al hombre de ojos escarlata.

—¡Que lindos se ven juntos! ¿No crees? —El hombre sonriente notó mi curiosidad.

—Parece que Dinorah lo quiere mucho.

—Demasiado. Si Dinorah tuviera que elegir entre Rojito y toda la existencia del Universo, creo que ya sabrás la respuesta. —Llegamos a la entrada del jardín—. Entonces, regreso a nuestro asunto niña.

A las afueras del jardín, había de espaldas una joven, tenía el cabello corto.

—¿Recuerdas que te dije que te daría una sorpresa?

La joven volteó y una gran sonrisa brotó de sus labios. Thomson estaba en su hombro y me saludaba con la mano. La joven corrió y me abrazó sin que yo alcanzara a reaccionar.

—¡Te extrañé mucho, cariño! ¡No sabes cuánto!

—¿Quién eres?

—Soy Verónica, mi niña. Soy tu abuela.

10

La ciudad

Quería correr, gritar, bailar desesperadamente. No puedo creer que tenga a mi abuela frente a mis ojos. Se ve más joven, su sonrisa es más brillante, pero su aroma es el mismo. Comencé a llorar en sus brazos.

—No desperdicien el tiempo. Tienen mucho que recorrer y recuerdos que encontrar. Antes de que su travesía empiece, tengo que advertirles algo. —Mi abuela me soltó y puso atención a las palabras del hombre sonriente—. Tendrán que pasar por los mismos peligros que Verónica pasó. Tus recuerdos se encuentran en los tres lugares que cambiaste la primera vez que estuviste en Hickerland. Te agradará saber que muchos te extrañaron, aunque no de una buena manera.

Mi abuela pasaba saliva y Thomson sólo se quedaba perplejo.

—¿Qué es lo que veo en tu rostro? ¿Culpa, quizás?

—Mija, tenemos que irnos —Mi abuela me tomó de los hombros y me giró. Me empujó un poco para que empezara a caminar.

Pasamos por otros senderos que no reconocí. Los pasos de mi abuela eran firmes, a pesar de que aseguraba que en Hickerland no pasas por el mismo lugar dos veces a menos que así lo quieras.

—¿Saben adónde iremos? —Pregunté.

—No exactamente, cariño.

—El hombre sonriente habló de tres lugares que usted cambio en su visita a Hickerland hace años ¿De qué lugares hablaba?

—Creo que tengo la respuesta —Dijo Thomson—. Tenemos que hacer una parada en el Sauce llorón.

Mi abuela y Thomson platicaban de situaciones que vivieron juntos. Me daba un poco de celos. Era como si él la conociera más que yo. No lo niego, yo apenas tengo doce años, de los cuales mi memoria sólo recuerda desde mis ocho años y sólo algunos momentos especiales con mi familia.

—Eso me hace pensar en el momento en que cruzamos la ciudad. Mija, ¿Te gustaría escuchar una historia?

\* \* \*

*Verónica discutía con la señora Mcphire cada vez que regresaba a casa. Tomaba sus alimentos en silencio, agradecía la comida y subía a su habitación a contestar las cartas que le mandaba Dinorah. Se arrojó a la cama dejando sus zapatos tirados.*

*—¿Dónde está? ¿Dónde demonios lo dejé?*

*Verónica se asomó cautelosamente al escuchar esa voz. Parece que estaba debajo de su cama.*

*—¡AAAGGH! ¿Por qué acepté este trabajo? ¡Todo era más fácil en el jardín!*

*—¿Hola?*

*—¡Humano!*

*Verónica metió la mano para atrapar a la criaturita.*

*—¡Suéltame, bestia inmunda! —el hombrecillo gritaba y pataleaba.*

*Parecía un hombre de treinta centímetros de altura. Tenía ojos verdes y cabello de un rojo naranja que brillaba con la luz de mi cuarto. Había tierra en toda su ropa. Cuando lo levanté, su sombrero cayó al piso. Apenas podía sostenerlo con el tamaño de sus bracitos.*

*—Quiero ayudarte.*

*La criatura dejó de pelear por unos instantes.*

*—¿Tú, ayudarme a mí? ¡Por favor, no me hagas reír, mocosa! No podrías hacer nada, ni siquiera los poderes de Dinorah hacen efecto en esto.*

*—¿Conoces a Dinorah?*

*—¿Que si la conozco? ¡Trabajo para ella, niña! ¿Me puedes bajar?*

*Verónica dejó sobre su cama al hombrecillo. Lo veía atentamente.*

*—Dime qué es lo que buscas y tal vez te pueda ayudar a conseguirlo.*

*—La caja de Poux.*

*—¿Cómo es?*

*—Es una caja más o menos del tamaño de tu mano, cubierta de cuerdas y candados de madera. Tiene una inscripción al frente con el nombre del remitente y sólo una pieza de metal brillante en la tapa.*

*—Hmmm… No recuerdo haber visto algo así en mi vida ¿Cómo fue que la perdiste?*

*—Estaba a unas cuantas lenguas del Sauce llorón y resbalé por un agujero. De esa forma terminé aquí, debajo de esta cosa enorme con olor a moho.*

*—Esa cosa es mi cama. Ahí duermo cada noche.*

*—Pues es muy rara. Nosotros acostumbramos dormir abrazados bajo tierra. Pero ese no es el punto. La caja estaba conmigo, tiene que estar por aquí.*

*Verónica y el hombrecillo movían todas las cosas de la habitación. Muñecas, hojas de papel acumuladas con dibujos de hace años hechos a crayón. Cada vez que veía sus cosas viejas comenzaba a sentir melancolía. Tenía algunos recuerdos borrosos de gente con batas blancas y pastillas que la señora Mcphire le hacía tomar. Tal vez su vida no fue tan mala, tal vez todo fue un malentendido y es como Dinorah decía en su carta: «nadie puede ver lo mismo que ella».*

*Un brillo la cegó por un momento. Provenía de los libros que se apilaban en un rincón. Verónica movió la pila y encontró una pequeña caja. La caja de Poux.*

*Era más bonita de lo que el hombrecillo describía: tenía en todos sus lados imágenes de personitas y seres alados. Era toda una obra de arte, especialmente los candados de madera. Tocó la parte metálica y en automático las cuerdas comenzaron a ceder, los pequeños candados giraron y con un clic, la caja quedó lista para abrirse.*

*—Oye, niña, ¿La encontraste? —El hombrecillo se acercó.*

*Verónica no escuchó cuando le llamaban. Tomó la tapa y comenzó a abrir la caja lentamente.*

*—¡NO! ¡NIÑA, SUELTA ESO!*

*Cuando la abrió completamente, una espesura negra invadió el cuarto. Giraba alrededor de Verónica y se introducía salvajemente por su boca. Verónica quería gritar, el dolor era insoportable. Sentía su garganta arder y como si sus ojos quisieran salir de sus cuencas. Perdió el conocimiento cuando sintió un líquido resbalando de su rostro y terminó en el piso. El hombrecillo cerró la caja, evitando que todo el contenido se vaciara en la niña.*

*—¡Oh, no! Niña, ¡Niña! ¡Hey, no puedes hacerme esto! ¡Niña!*

*Se subió sobre ella tratando de encontrar algunos signos de vida en el cuerpo inerte de Verónica.*

*Abre tus ojos. Mi niña, ábrelos un poco. Admira.*

*Verónica sentía su cuerpo pesado. Había una sensación de tierra y pasto entre sus dedos. Trató de levantarse un poco. Lo último que recordaba era al hombrecillo y una extraña caja.*

*—¡Al fin despiertas! —El hombrecillo tiró al suelo un pequeño saco—. Trata de no moverte tanto, aún no sé qué tanto daño te hizo la caja.*

*—La caja de Poux. ¿Dónde está? ¿Dónde estamos?*

*—Ahora sólo es una caja quebrada y vacía, pero eso ya no importa. ¡Bienvenida a Hickerland! —El hombrecillo hizo un gesto señalando a todo alrededor—. ¿Cómo te sientes?-*

*—Un poco mareada.*

*—Ten, come un poco. —El hombrecillo le dio el saco.*

*Verónica sacó algunas semillas y bayas de varios colores. Le recordó a cuando la señora Mcphire le compraba paquetes de lunetas, Verónica se los vaciaba en la boca y creaba una mezcla de chocolate y saliva.*

*—Por cierto, nunca me presenté formalmente: Me llamo Thomson.*

*—Yo soy Verónica.*

*—Es un placer, creo. Aunque no fue muy agradable el habernos conocido en una tragedia.*

*—Dinorah me escribió una vez que las mejores amistades surgen de las cosas malas. —Verónica sonrió.*

*—Bien, fue suficiente descanso. Vámonos.*

*—¿Adónde iremos? Ni siquiera sé cómo me trajiste aquí.*

*—Sólo te diré que pesas más de lo que te ves, y eso que tus huesos asoman mucho por tus rodillas. Iremos al sur, buscaremos al remitente de la caja.*

*Thomson se sacudía la tierra que se había impregnado en sus pantalones, tenían un color verde opaco muy peculiar. En ocasiones, Thomson pasaba desapercibido cuando trabajaba en el jardín. Verónica se levantó con algo de esfuerzo, aún no se sentía ella misma del todo. Empezó a sentir un extraño hormigueo en su brazo derecho, al poco rato se transformó en dolor. Caminaba ignorando esa sensación.*

*—Honestamente, Verónica, no veo nada desde aquí, ¿Te molestaría si… ¡WOA!*

*Verónica estaba en la tierra boca arriba, de sus ojos emanaba un aire oscuro que penetraba la piel de su brazo. Comenzaron a salir ramas, su piel caía trozada y la sangre escurría por todos lados. Thomson no sabía qué hacer. Trataba de acercarse y cubrir las heridas, pero sus esfuerzos eran en vano con su tamaño en comparación al de ella. Los gritos de Verónica se ahogaban en sus propias lágrimas. Las ramas se dejaron de mover y el dolor desaparecía lentamente, aunque no del todo.*

*—¿Ve… Verónica?*

*—Thomson. Me duele.*

*El brazo de Verónica había sido consumido por ramas de árbol que ningún humano tuviese conocimiento. Crecían de la nada y se abrían paso entre músculo y piel. No era tan grueso como un acre, ni un color tan oscuro como el árbol de cacao.*

*—¿Sí puedes caminar?*

*—Creo que sí.*

*—Tenemos que darnos prisa. —Thomson subió por las ropas de Verónica.*

*—Por allá. Primero pasaremos por la ciudad.*

*La ciudad se iluminaba con miles de luces diminutas. Parecía un bosque lleno de luciérnagas.*

*—¿Qué estás mirando? —Thomson gruñía—. Anda, si no nos damos prisa, no sé qué pueda ocurrirte ¿Qué nunca has visto una ciudad de noche?*

*—No este tipo de ciudades —A Verónica se le dificultaba un poco la caminata. Las ramas de su brazo arrastraban y en ocasiones se atoraba con algunas raíces que brotaban de la tierra. Thomson iba sobre el hombro de la niña.*

*—Pareciera que no sales mucho de casa —Thomson se sostenía fuertemente del cabello castaño.*

*—Nunca he salido de Nördlingen.*

*—¿Así se llama tu lugar de nacimiento?*

*—No. Mamá dijo que nací en un hospital.*

*—¿****Unospital****?Hmmm... ¿Y cómo es ese lugar?*

*Verónica bajó la mirada.*

*—Es de esos lugares que no quieres recordar.*

*Thomson observó atentamente la reacción de Verónica.*

*¡Oh, mira! Ya casi llegamos.*

*Llegaron hasta una muralla un poco más grande que Verónica, ella podría subirse sin problemas. Parecía concreto con piedras de colores incrustadas y algunas con formas no naturales que en comparación con el tamaño de los ciudadanos, pensarías que tardaron años de trabajo.*

*—¡Alto! ¿Qué hace una humana aquí? —un pequeño ciudadano con armadura reluciente le hizo frente a Verónica.*

*—Yo…*

*—¡Abrid paso a la gran Verónica, buen hombre! —Thomson recitaba desde su cómoda vista—. Hemos venido desde el mundo humano buscando a Dinorah. Como podrá ver, Verónica está bajo los efectos de la caja de Poux y necesita ayuda rápido.*

*La rama del brazo de Verónica crecía un poco más, cada vez se abría más paso por la carne. Verónica se quejó por el dolor. El guardia se quedó un poco impactado observando el brazo de la niña. La caja de Poux era muy conocida, nadie se había atrevido a echarle un vistazo siquiera, se preguntaba cómo tal instrumento había terminado en esas manos infantiles.*

*—¿Qué hace un ciudadano con una humana?*

*—El nombre de este humilde ciudadano es Thomson. Soy un jardinero del prado. Nuestra señora Dinorah me encomendó la tarea de llevarle la caja de Poux al hombre de ojos escarlata, pero mis descuidos llevaron horribles consecuencias para esta humana.*

*En aquella ciudad, los ciudadanos eran pequeños. Eran muchos Thomson de diferentes colores y tamaños. Miraban extrañados aquellos gigantescos pies que bajaban y subían con gran delicadeza y cuidado. Algunos soltaban la carcajada creyendo que la gigante bailaba. ¿Quién bailaba sin música?*

*Para los ciudadanos, el bailar sin música era de los mejores chistes que se podían actuar. ¿Actuar?*

*Los ciudadanos no paraban de salir de sus hogares, los niños gritaban para llamar la atención de Verónica. En ocasiones, ella volteaba y agitaba sus ramas en señal de saludo.*

*—Nadie me había dado la Bienvenida de esta manera.*

*—Concéntrate, niña.*

*Thomson se ataba un mechón de cabello de Verónica en su cintura. Por la forma en cómo se agitaba, Thomson perdía el equilibrio y temía caer desde donde estaba.*

*—Esto no es nada comparado a lo que te espera en Hickerland. —Thomson miraba el cielo. Era rojizo.*

*—El hombre de ojos escarlata ya está en su labor.*

*—¿Quién es ese hombre del que hablas?*

*—Él es el remitente de la caja. No sé cómo hablarte de él, no puedo describirlo porque todos lo vemos de formas diferentes.*

*—¿Y de qué manera lo has visto tú?*

*Thomson desviaba la mirada buscando un lugar donde pasar la noche.*

*—Del ser que más amo.*

*¿Y cómo distingues al hombre de ojos escarlata y al ser que más amas?*

*—Tú sola acabas de responder eso: por sus ojos escarlata. Además del miedo que impregna mi piel cada que estoy en su presencia. —Thomson suspiró—. Dirígete a esos campos. Descansaremos ahí hasta que amanezca.*

*En los campos había comunidades de tres hogares. Era usual que tres generaciones de la familia vivieran juntas. Van de tres colores y todas en orden del más claro al más oscuro. Las luces se desvanecían con el paso del tiempo, dejando a Verónica depender de la Luna. Se dejó caer en el sendero.*

*—¡Hey, Tranquila!*

*—Lo siento. Estoy muy cansada, caminé demasiado.*

*Verónica miraba al cielo tratando de recordar al menos lo que había hecho aquella mañana antes de terminar en Hickerland. Tal vez hacía lo mismo que ahora: recordar. Como esos momentos en los que mamá la llevaba a la escuela. Suspiró, cerró sus ojos y se dispuso a dormir.*

*Pasaron horas, minutos realmente. Parpadeaba y en el escenario oscuro apareció una diminuta chispa. Una estrella quieta y tintineante.*

*—Se parece a mí.*

*Es brillante y rodeada de otros como ella. Pero a pesar de esa compañía, todos son desconocidos y la soledad va apagando la luz dentro de ella.*

*\* \* \**

—Thomson fue el que me condujo a Hickerland. —Mi abuela hacía a un lado la maleza, permitiéndome el paso—. Si no hubiese sido por él, no quiero ni pensar en cómo hubiese terminado.

—La ciudad suena como un lugar muy lindo y acogedor —comenté.

—Sólo de noche. Últimamente hay muchas fiestas desde la desaparición de la bruja —Thomson aclaraba.

«¿Bruja?» Cada palabra que sale de la boca de mi abuela me hace sentir que estamos en una sintonía diferente. Aún hay muchas cosas que no comprendo. Ya ni siquiera siento que estoy al borde de la muerte, comienzo a creer que estoy en algún set donde están grabando una película con una temática tipo E*l Mago de Oz.* Yo podría ser Dorothy, aunque mi abuela y Thomson no cuadran con los otros personajes.

Terminamos en la falda de varias colinas acomodadas de la más pequeña a la más alta, que tenía forma de un helado cuando le pasas la lengua por la punta. «La colina del norte». Así le llamaba Thomson. En una historia de mi abuela, hablaba de un lugar parecido: era sobre una bebé que fue secuestrada de su familia. Ellos vivían en una aldea pequeña y próspera y cuando ocurrió el incidente, todos los alrededores comenzaron a perecer. Los campos quedaban infértiles, los árboles caían uno a uno y el río dejaba de seguir su cauce. Era una historia triste. «No hay villanos», decía mi abuela. Una anciana fue la que se llevó al bebé con el pretexto de que los padres no debían tenerla, llevándola a tierras lejanas de donde creció y se le dio un nombre distinto al que sus padres le habían dado. Si es que recuerdo bien, su nombre era el mismo que la esposa del Dios-río Estrimón, de la mitología griega. Un nombre poco común, pero después de decirlo varias veces queda una sensación dulce en los labios. Mi abuela me dijo que ese nombre también representaba el lugar donde sus padres le habían concebido.

Fue cansado subir hasta la cima, terminé jadeando y cubierta en sudor. La tierra estaba lodosa y resbaladiza, lo que dificultaba aún más su recorrido. Había mucha vegetación a nuestro paso, hasta que llegamos a un punto en el que se notaba una clara división en la tierra. Se volvió más suave y oscura y las rocas iban desapareciendo. El suelo se levantaba en varios relieves. Había unas extrañas raíces gigantes que se enredaban alrededor. Desde nuestra posición alcanzamos a ver el Sauce llorón. Eran como tres troncos atados entre sí, no tenía ni una sola hoja y la corteza parecía roída por insectos. Los rastros de moho crecían en la parte inferior de los troncos y algunos hongos asomaban en varias extremidades.

—Verónica —El sauce se separó lentamente haciendo que las ramas crujieran—. Verónica ha regresado.

—Me alegra mucho verlos otra vez. —Mi abuela caminó hacia el Sauce, tocando las ramas que se acercaban a ella.

El tronco del sauce se transformaba en tres personas: un hombre con muchas arrugas; una mujer de caderas pronunciadas y una niña entre ellos. Sus rostros se esculpían en la corteza y de sus ojos brotaban lágrimas como cascadas. Pequeños insectos salían de las comisuras de la corteza y corrían por el movimiento.

—¿Por qué sonríen y lloran al mismo tiempo? —le pregunté discretamente a Thomson.

—El Sauce llorón no puede dejar de llorar. Mantiene el flujo constante de energía de Hickerland.

—Hay cosas que sigo sin entender.

—Ni siquiera Dinorah tiene todas las respuestas. —Thomson me hizo una seña para dirigir mi atención hacia mi abuela—. Es como si todo pasara por que tenía que pasar.

La mujer del sauce sobresalió un poco más.

—No sabemos cómo agradecer lo que hiciste por nosotros. Nuestra familia está unida para siempre.

—Ahora que lo mencionas, necesito ayuda, Sauce. Estamos buscando mis recuerdos y estoy segura de que hay uno por aquí.

—¡Oh, Verónica! —la niña del Sauce relució sus ojos—. Tus recuerdos están dentro de mi corazón. —El pecho de la niña se abrió dejando ver solo un hueco—. La bruja sabía que tarde o temprano los buscarías y me lo arrebató en uno de sus ataques de ira. Dijo que nadie pondrá jamás sus manos en él.

—¿La bruja? —Mi abuela estaba sorprendida—. Creí que la había hecho cenizas.

—No puedes matar a alguien dos veces, Verónica —Thomson interrumpió—. Muchos piensan lo mismo que tú y el hombre sonriente me prohibió decir la verdad sobre la bruja.

11

Los seres perfectos se corrompen con facilidad

El primer día llegaba a su fin. El sol se ocultaba lentamente creando un tono suave en el cielo y la tensión entre nosotros iba en aumento. Lo único que entendía de la situación era que esta «Bruja» era un mal presagio. Nos quedamos en el regazo del Sauce llorón y una sensación fría corría en el aire.

—Creí que la bruja no volvería a causar problemas y que Hickerland podría ser un lugar tranquilo.

—No te mortifiques, Verónica —Thomson animaba a mi abuela.

—¿Qué pasará con mi nieta? Lo siento mucho cariño. —Mi abuela bajó la mirada y Thomson se quedó en silencio pensando. La niña del Sauce llorón se cruzó de brazos y se acercó suavemente.

—No todo está perdido, Verónica. ¿Recuerdas aquella tarde en la que me encontraste vagando en la costa? En ese momento no sabía mi nombre, olvidé lo más importante que tenía. Ni siquiera podía recordar cómo se sentía el viento en mi rostro. Tú encontraste mi identidad en la Tierra y me regresaste a mis padres biológicos en Hickerland. ¿Recuerdas cómo me llamaste?

—Neera. Tenías un par de hermanas gemelas, una madre que te enseñó cómo preparar los mejores estofados y un muchacho que se enamoró de la luz en tus ojos. Aún tengo en la memoria tu historia. Es de mis favoritas.

—Y ahora yo trataré de hacer algo por ustedes.

Las raíces del Sauce llorón comenzaron a agitarse, se podían ver luces azules recorriendo cada parte. Era como la sangre corriendo en las venas, el sauce está conectado con todo Hickerland, entonces imagino que cualquier cosa fuera de lugar son los primeros en enterarse.

—Neera, ¿Qué es lo que ves? —Thomson miraba curioso.

—Parfait. Ellos tienen uno de tus recuerdos. Al parecer la bruja no consiguió obtenerlo.

—¿Los Parfait? ¿Quiénes son ellos? —Pregunté.

Mi abuela me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Es una tribu que habita en el sur. Ellos son un experimento del hombre de ojos escarlata. Ahora me doy cuenta de que no todos mis recuerdos están pintados en azúcar.

—¿Qué quieres decir, abuela?

—Ya duérmete, mija. No podemos perder tiempo, mañana te daré más detalles.

—Está bien. Buenas noches a todos. —me acurruqué bajo el brazo de mi abuela. Thomson se acostó en mi estómago y usó mi blusa como sábana. Me hubiera gustado poder tomarle una fotografía.

Segundo día y la primera noticia que recibí fue que teníamos que caminar mucho para llegar a donde habitaban los Parfait. A pesar de que Thomson decía que el viaje sería más corto de lo que pensaba, mis pies ya dolían.

El viaje se sentía eterno. Mi abuela ya no hablaba, Thomson meditaba y yo trataba de no quejarme en voz alta.

—¿Algo te molesta, abuela?

—No es nada, Cariño.

Llegamos a una zona con vegetación colorida. Los frutos rojos parecían arder en llamas, los azules brillaban y los verdes palpitaban como un corazón. Todos los colores contrastaban de tal manera que hasta las piedras parecían comestibles: enredaderas colgantes amarillas, flores azules y naranjas, cortezas verdes y algunas ramas que desencajaban con sus azul turquesa.

—Estamos en sus tierras. Ya solo falta que nos encontremos con uno para que nos lleven a su aldea.

—Hmmm… Verónica, hablando de eso... Creo que olvidé decirte un pequeño detalle. Digamos que desde tu desagradable despedida con los Parfait nadie es muy bien recibido aquí y…

Mi pie se atascó entre algunas rocas y una clase de cuerda me jalo colgándome de una pierna.

—¡Abuela!

—¡Tranquilízate, Cariño!

—¡Son ellos! Esto no es buena idea, Verónica.

Mi abuela miró a todas direcciones buscando señales de movimiento. Se acercó rápidamente a la cuerda buscando de dónde provenía, se percató de un tronco chueco con rasgos un tanto escalofriantes. Estuvo a punto de desatar la cuerda cuando unas garras salieron con la intensión de arrancarle la piel o hacerle un daño peor.

—Regresaste. Sabíamos que vendrías. La bruja lo predijo.

De entre la maleza salió una pierna cubierta de cicatrices, después una cabeza enorme que se detuvo frente a mí. Su respiración me daba en la cara. Era un Parfait, tenía la piel verdosa con pecas azules, pero no comprendía el aspecto tan descuidado que tenía, como si hubieran pasado muchos años desde la última ducha que tomó. Mi abuela se veía asustada y confundida al mismo tiempo. Thomson no tardo un segundo en ocultarse con el cabello de mi abuela.

—¿Qué fue lo que les sucedió? ¡Bianca… no puede ser, tu rostro!

—¿Te sorprende? ¿Acaso es envidia de que soy más bonita que tú?

Bianca pasaba sus dedos por su cara rosando las cicatrices y costras que aún tenían sangre. Terminó tomando una de las pocas plumas blancas de su rostro y la arranco con poco esfuerzo. La piel de su rostro era de verdes más claros, que creaban un contraste extraño con las manchas de sangre seca y unos poros muy marcados. Quedaban algunas plumas cerca del cabello mal trenzado. Cada vez que hablaba un hedor putrefacto salía de su boca.

—¿Quién es esa pequeña criatura? —La Parfait me olfateó y antes de que me diera cuenta, me dio un lengüetazo que me dejó el cabello como si me hubiera echado una botella de gel en la cabeza.

—¡Iugh! —exclamé asqueada.

—Ella es mi nieta. Por favor, Bianca, bájala de ahí.

—¡Que maleducada, Verónica! No te dignaste siquiera a presentarme a tu pequeña. ¿Sabes? Sheburashka tiene mucho tiempo esperándote. Sería muy descortés no presentarle a tu nieta. —La risa de la Parfait era tétrica. Sonaba como si tocara una orquesta de violines mal afinados.

Bianca arrancó las cuerdas con sus garras y me llevo dentro de su puño. Se agitaba mucho y más cuando comenzó a correr. El estruendo de sus pisadas y su respiración agitada hacían eco en mi cabeza, a tal punto que una punzada de dolor atolondraba mis oídos

—¡Espera! —Apenas escuchaba las súplicas de mi abuela.

La risa de Bianca se hacía aguda, me percaté de que me miraba de reojo. Tenía una sensación de escalofríos en mi espalda, pero se perdía con los mareos que el viaje me provocaba. No sé en qué momento llegamos a una aldea. No había casas o edificios, eran tiendas construidas de pieles, ramas y sogas tejidas a mano.

—¡Hermanos! —Bianca me levantaba en su puño—. ¡Verónica ha vuelto y nos trajo un pequeño juguete!

Todos los Parfait se acercaban curiosos. Algunos sobresalían con rasgos felinos; otros tenían el hocico similar a un coyote; los ojos de distintos colores y plumas en distintas partes de sus cuerpos. La saliva salía por sus labios bífidos, algunos tenían desgarradas las comisuras de sus bocas. Se lamían las heridas que se provocaban y escupían líquidos de colores amarillentos. Se arrancaban las plumas de sus rostros y las transformaban en adornos y una clase de ropa que se amarraban al cuerpo con lianas. Los Parfait me pasaban como si compartieran una figurilla de plástico, me olfateaban y me lamian, movían mis ropas y tocaban la textura de mi cabello.

—Deberíamos cortarle el cabello. —la multitud se alebrestaba.

—¡No! Mejor aún: sácale el ojo izquierdo, ¡Las cosas asimétricas son bellísimas!

—¡BAJEN A MI NIETA EN ESTE MOMENTO! —Los Parfait se detuvieron en seco y me bajaron delicadamente.

—¿Estás bien, cariño? —Mi abuela me tomaba de los hombros.

—Sí, abue. Estoy bien.

Los Parfait levantaron sus orejas y se alinearon en dos filas. Todos miraban a una misma dirección y algunos golpeteaban su cuerpo como si fueran tambores.

Una Parfait mucho más alta que las demás, el cuerpo en extremo delgado y la piel cubierta de cortadas vivas. Su cabello estaba trenzado por detrás de su cabeza, tenía mariposas muertas y algunos bichos enredados. A pesar de los temblores en sus brazos, sus pasos eran firmes y su mirada era de temer.

—¿Sheburashka?

—Verónica —La voz de Sheburashka hacía eco en la aldea—. Dime una razón para no entregarte a la bruja en este momento.

Mi abuela se quedó callada.

—Sabía que no tendrías alguna ¿Te das cuenta del daño que nos hiciste?

—Yo no sabía que esto iba a pasar.

—¡ES TU CULPA! —Sheburashka arrugaba su nariz y mostraba sus colmillos.

—¡No es culpa de Verónica! —Thomson interrumpía.

—Thomson, ¿Qué fue lo que pasó aquí? —Pregunté con algo de miedo.

—Cuando Verónica conoció a los Parfait eran una tribu perfecta. Se adaptaban a su medio, son fuertes y rápidos. Ellos no tenían prejuicios, no eran humanos. Verónica les habló de la gente, les dio significados que ustedes usan en su vida cotidiana, sin embargo, estos corrompieron a los Parfait. Dinorah me lo contó todo. – Thomson miró a mi abuela—. Cuando les hablaste de la belleza, la avaricia, la vergüenza y las mentiras, los Parfait no supieron procesar este tipo de sentimientos. Estaban tan emocionados con la idea de parecerse a los humanos que trataron de imitar esas ideologías.

—No sé qué hacer Thomson. Me siento mal. —Mi abuela se cubría el rostro.

—Yo te diré qué hacer. Esto no tiene remedio y si tiene que haber un culpable, esto lo hizo el hombre de ojos escarlata cuando trató de convencer a Dinorah de borrar la vida en la Tierra. Tomaremos el recuerdo y nos largaremos de aquí —Las palabras de Thomson eran suaves.

Dudo mucho que alguien lo hubiera escuchado.

—Piensa, Verónica ¿Qué fue lo que cambiaste? ¿Qué es lo que no ves y antes estaba?

Mi abuela miraba a todas direcciones. Hice lo mismo pero sin saber qué buscar exactamente. Me detuve un momento en el rostro de Sheburashka. Tenía tres ojos pero el que estaba en la frente sólo quedaba la cuenca vacía.

—Abuela, la frente de Sheburashka.

—Eres muy buena observadora. —Mi abuela sonrió y me dio una palmadita en la espalda.

—Bianca, llama a la bruja. —Sheburashka se sentó en una especie de trono hecho de huesos—. Yo no soy capaz de borrarte eternamente, pero ella sí.

Mi abuela bajó la mirada. Traté de pensar en dónde podría estar el ojo, cuando terminé enfocando el extraño collar que tenía Bianca en el cuello. Bianca sonreía gustosa al escuchar las palabras de Sheburashka y comenzó a caminar hacia la espesura de enredaderas. Algo dentro de mí me impulsó a correr. Tenía que conseguir ese recuerdo.

Mi abuela se dio cuenta de mi reacción y buscó la manera de distraer a los demás Parfait. Conseguí tomar una de las sogas colgantes de la ropa de Bianca, al parecer no se percató de que la estaba siguiendo. Jalé la soga y me puse detrás de un árbol, usándolo como polea. Las cuerdas con plumas se atoraron en las piernas de Bianca, haciéndola tropezar. Me acerqué lo más rápido que pude y arranqué el collar. Los ojos de la Parfait me miraban asesinos, no necesité otra pista para darme cuenta de que tenía que escapar. Corrí esquivando los intentos de Bianca por atraparme. No sabía a qué dirección correr, hasta que vi a mi abuela corriendo a toda velocidad. Una lluvia de piedras, ramas y huesos trataba de derribarnos. Era sólo cuestión de suerte de que ninguna diera en el blanco. Bianca estaba furiosa. No sabía cómo terminarían las cosas si nos ponían las manos encima.

—¡Vuelve! ¡LADRONA! ¡LADRONA!

Tomamos una desviación por un río que cruzaba las tierras de los Parfait. Se escucharon gritos y el sonido de varios golpes. Sabía que estaban pisando nuestros talones, a tal punto que no me animé a mirar atrás.

—¿Le tienes miedo a las alturas? —mi abuela gritó.

—¡No!

—Pues, ¡SALTA!

Esa sensación cuando sientes que estás cayendo en un sueño, era justo lo que me pasaba en ese momento, solo que yo no podía despertar. Mi abuela no me soltaba la mano y trataba de prepararme para el impacto. Justo cuando pensé que sería papilla, una sombra apareció de la nada y nos tomó a ambas de los hombros.

—¿Se... señor? —Thomson tomaba aire.

El hombre de ojos escarlata estaba sobre nosotros. Nos llevó hasta un valle y nos dejó caer a un metro antes de tocar el piso.

—Jamás comprenderán lo mucho que desprecio a los humanos, especialmente a ti, Verónica. —El hombre de ojos escarlata nos miraba fríamente—. Pero los Parfait son mi creación, no pueden intervenir con los humanos por orden de Dinorah.

El hombre de ojos escarlata aterrizó frente a nosotras, levantó la mirada y dio un gran suspiro.

—Veo que consiguieron el recuerdo —señaló el saco.

Mi abuela me lo quitó de las manos y lo abrió apresurada. Se relajó un poco y sacó el ojo de Sheburashka. Quedó maravillada por un momento. Era enorme, aún estaba húmedo y daba la sensación de que Sheburashka podía observarnos aún. Era tentador seguir mirando, esa variedad de colores que refleja el iris me causaba sensaciones extrañas. Mi abuela lo sostenía con ambas manos y sí que pesaba. No me fue sencillo escapar de Bianca con él.

—Muchas gracias por salvarnos. - exclame.

El hombre de ojos escarlata desvió los ojos e hizo una seña para que nos fuéramos. Nos alejamos con una sonrisa de satisfacción en nuestros rostros. El segundo día llegaba a su fin y las cosas no estaban tan mal.

—No deberían de estar tan felices. —El hombre sonriente salió de entre las rocas del camino—. Sólo les queda una cosa por hacer y no será nada bonito.

—Al menos conseguimos uno. Mañana mi nieta regresará a casa y todo seguirá como siempre.

—¿En serio? —El hombre sonriente preguntaba sarcástico—. Ojalá que la bruja piense lo mismo y les entregue los otros dos recuerdos. —El hombre sonriente pasó entre mi abuela y yo, me tomó de los hombros y susurró en mi oído—. Espero que estés ansiosa de conocerla, porque ella ya los está esperando.

12

La bruja

Tuve una sensación muy profunda de un miedo diferente al que usualmente había experimentado, tal vez miedo a lo desconocido.

—Entonces, ¿Puedo? —El hombre sonriente extendió su mano esperando a que mi abuela le entregara el ojo de Sheburashka. Mi abuela se lo entregó haciendo una extraña mueca.

—Bueno, me tengo que ir. Debo de llevar esto con Dinorah. Me encantaría grabar la expresión que habrá en su rostro cuando lo vea. Tal vez me dé un lindo y fuerte abrazo de oso —subía la voz como tratando de llamar la atención del hombre de ojos escarlata—. O mejor aún: me dé un beso. Le pediré que me lo dé en los labios. Los humanos disfrutan mucho esa clase de muestras de afecto.

A pesar de que el hombre de ojos escarlata trataba de ignóralo, no podía esconder la rabia. Su piel se volvía rojo cada vez que la ira pasaba por él.

El hombre sonriente desapareció orgulloso, sin embargo el hombre de ojos escarlata seguía donde mismo. No había movido un solo músculo desde que hizo su aparición.

Mi abuela y yo nos miramos sin saber lo que pasaba por la mente del hombre de ojos escarlata. Nos acostamos en el pasto, sin embargo, nuestra expresión de «no sabemos qué pasa entre esos dos», se hacía más pronunciada. Pasamos el rato observando cómo se hacía de noche. La luna en Hickerland no cambiaba como en la Tierra, siempre era luna llena y se veía tan enorme, que cuando ponía mi mano frente a mi daba la sensación de que la estaba cargando. Teníamos conversaciones absurdas y con cada tontería que decíamos Thomson se carcajeaba. Pasamos el rato buscando figuras en las estrellas hasta que llegó un momento en el que me quedé profundamente dormida.

\* \* \*

—Hoy me hablaron de la escuela, cariño.

Puedo sentir la mano cálida de mi madre en la mía.

—Tuve que notificar la situación en la que te encontrabas: no me creyeron. Ni siquiera yo, que te tengo enfrente, lo creo. No entenderías cómo me siento, hija mía. Se me desgarra el alma el verte así, inerte y fría. No sé si tendrás frío o calor. A veces sudas y ayer en la noche no dejaste de derramar lágrimas. Me pregunto si me escuchas. Me pregunto qué sentirás y después comienzo a sentirme inútil. Tal vez estoy fallando como tu madre, no sé cómo protegerte. Trato de hacer lo posible. Ya perdí la cuenta de cuántos rosarios he rezado. No sé qué más puedo hacer. Los doctores no dejan de repetirme que tengo que esperar, pero no quiero hacerlo. Yo sólo quiero tener a mi hija sonriente. Solo quiero verte jugar una vez más.

Escuchaba los gemidos de angustia de mi madre. Tenía un nudo en la garganta.

—Necesitas un poco de descanso. Yo cuidaré de ella en la noche —Ese era mi tío Damián.

—Mi hija. Mi pequeña niña —Mi madre no dejaba de sollozar.

\* \* \*

Comenzó el tercer día. Mi abuela me despertó y me dio en la mano una manzana.

—Pruébalas, son las más jugosas que encontramos —mi abuela le daba una mordida a su manzana.

—Sólo los que trabajamos en el jardín sabemos de eso. —Thomson se daba crédito.

—¡Que modesto, Thomson! —mi abuela le sopló en la cara haciendo que su sombrero cayera.

—¡Oye!

Me agaché, recogí el pequeño sombrero verde y se lo pasé.

—Cariño, ¿Te sientes bien?

—Sí, abue ¿Por qué?

Por nada.

—Dile la verdad Verónica. Ayer te escuchamos llorando.

—Si ella no quiere decirlo, no tienes porqué presionarla, Thomson.

Me quede pensando un poco.

—Creo que siento lo que pasa con mi cuerpo en la Tierra. Escuché a mi mamá…

—Lo entiendo, cariño. Vamos, recuperemos los recuerdos lo antes posible. Tienes que regresar a casa.

\* \* \*

—¿Estás segura de que es aquí, abuela?

Era una choza pequeña y muy descuidada. El viento hacía rechinar un letrero que colgaba de una cadena en la entrada. Se alcanzaba a leer «NE...ROM…ER», las demás letras estaban muy borrosas. Thomson pasó saliva y se abrazó de mi cabello. Teníamos el tiempo encima, pasamos más de medio día buscando la cabaña de la bruja. Es curioso que esta bruja habite en algo tan cliché: en las películas que veía en la televisión, también viven en cuevas, cabañas y siempre en medio del bosque.

Mi abuela dudó un poco, sin embargo, terminó abriendo la puerta de una patada. Creo que tiene la adrenalina a tope. Entramos cautelosos, por lo que veo es una bruja algo diferente a las que conozco; ésta es muy ordenada. La cabaña por dentro es muy diferente a lo que se ve afuera. Una luz se encendió en la cocina. Mi abuela me dio la mano y caminamos tratando de adivinar lo que encontraríamos.

—¿Eh? —Thomson se sorprendió.

—¿Qué clase de broma es esta?

Había una mesa adornada con un mantel rojo y detalles dorados que brillaban con la luz de las velas. Estaba completamente cubierta de comida: cortes de carne que humeaban vapor, puré de papas, jarras con jugos de frutas, vegetales cocidos y una parte llena de puros postres: pasteles, caramelos, *waffles*, flan napolitano, pay de limón y una gran tetera que sonaba como el silbido de un tren cada que servía una taza de té.

—¡Sorpresa!

Una mujer salió de entre la penumbra. Tenía el cabello hasta las rodillas, las mejillas coloradas y los labios carmesí. Usaba un vestido holgado que le cubría hasta el cuello y se abría por los lados dejando ver sus piernas y sus pies descalzos.

—¡Qué gusto me da verte, Verónica! Pensar que la mocosa que causó un alboroto en Hickerland se convirtió en una hermosa joven. Deben de estar exhaustos. Por favor, tomen asiento. La cena está servida.

Mi estómago comenzó a rugir y mi boca se hacía agua. No había comido bien desde hace dos días, pero aún así, nunca tuve tanta hambre como ahorita. Algo me impulsó a sentarme en la mesa.

—Mija, levántate. No toques eso.

Escuché muy de lejos la voz de mi abuela, no le obedecí, seguí sentada admirando los platillos.

—Déjala en paz, Verónica. Al menos tu querida nieta sí aprecia mi comida. Vamos, pequeña, sírvete lo que gustes.

Mi abuela me tomó de los hombros y trató de evitar que tocara la comida. De reojo alcancé a ver que la mujer intervino arrojando a mi abuela y Thomson a la pared.

—La niña sólo va a comer un poco. Deja de ser tan infantil y únete a la cena.

—¡Abuelita! —Corrí a auxiliar a mi abuelita—. No te atrevas a ponerle la mano encima.

—Ya lo hice, niña. —La mujer se alejó y se paseó alrededor de la mesa—. Yo, que trato de ser cortés y esforzarme por auxiliar a los más necesitados. Pero veo que la gente es muy malagradecida.

—¡Deja de engañarnos, Bruja! Esto no es real. —Thomson la enfrentó.

—Tienes razón, esto es sólo una distracción. Esto es lo que realmente está pasando. —Mi abuela estaba encadenada a una pared y Thomson dentro de una burbuja brillante. La mesa no era más que madera roída, la luz de las velas se atenuaba y con ella la imagen de la bruja. El cabello largo se hacía quebradizo, le cambió el color a blanco y le cubría el rostro. El vestido arrastraba y la piel le colgaba.

—Todo es una ilusión, querida.

—Por favor, sólo necesitamos los recuerdos. Tu problema es conmigo, no con mi nieta.

—¿Tú qué crees que trato de hacer? No hay mejor castigo que el dolor de ver a los seres queridos decaer. —La bruja se tomó el cabello dejando ver las cuencas de sus ojos vacías.

Algunos gusanos salían de sus fosas nasales y los labios estaban tan resecos que cuando cerraba su boca, no le alcanzaban para cubrir lo que le quedaba de dientes. La bruja sacó de un cajón un frasco con un contenido oscuro.

—¡No mires, mija! Hagas lo que hagas, sólo no mires.

Cerré mis ojos en ese instante. Escuché cómo abría el frasco y un aroma fétido cubría el aire.

—¿Qué tiene de malo comer la merienda? Apenas me doy cuenta, el tiempo se les acaba.

Escuché cómo la bruja masticaba algo, crujía a cada mordisco. Abrí un poco los ojos, tratando de apreciar qué es lo que sucedía. La bruja colocó en la mesa un corazón cubierto de ramas, aún latía y brillaba como el Sauce llorón. A su lado dejó una llave, era grande en comparación a la que usamos en mi casa. Estaba oxidada y en cuanto tocó la madera de la mesa una nube de polvo se esparció en el aire.

—¿Quieren los recuerdos? Adelante, tómenlos. —La bruja se sentó en una mecedora—. De todos modos ya gané.

Diez.

Mi abuela forcejeaba intentando soltarse de las cadenas oxidadas.

Nueve.

La bruja comenzó a reír y detrás de ella se alcanzaba a ver la imagen de mi cuerpo en el hospital. Mi madre me estaba sacudiendo y unas personas la sacaban de la habitación.

Ocho.

Mi abuela logró soltarse y se lanzó por los recuerdos.

—Tenemos que irnos. ¡Thomson, llama al hombre sonriente!

Siete.

La bruja me tomó por la espalda y puso sus manos en mi rostro. Comenzó a jalarme hacia la penumbra.

Seis.

Mi abuela trataba desesperadamente de alcanzarme.

Cinco.

—¡Abuela!

Cuatro.

Estiré mi brazo.

Tres.

El rostro cubierto de lágrimas de Thomson.

Dos.

Comenzaba a perder la noción.

Uno.

13

La realidad

Me levanté en el piso de la habitación de mi abuela. El cajón, donde se supone que estaban las cartas, ahora se encuentra vacío. Todo estaba medio oscuro, encendí las luces de mi casa y estaba en búsqueda de algo que me dijera que lo que pasó no fue una simple ilusión. La cerradura comenzó a moverse y mi madre entró por la puerta principal. ¿Acaso todo fue un sueño?

—Hija, ¿Qué te pasó? Tienes todo el cabello alborotado.

—¡Mami! —me lancé a abrazarla.

Su imagen llorando por mí en el hospital, regresó a mi mente. Mi mamá estaba extrañada y me rodeo con sus brazos.

—Te amo, mamá.

—Yo también te amo.

Desde esa noche he tenido sueños extraños: mi abuela aparece en ellos, pero no la que yo conozco, sino la niña pequeña que causó el alboroto en Hickerland hace ya muchos años.

Mi madre se ha percatado de que no duermo muy bien y en varias ocasiones intenta persuadirme de visitar un doctor. Tengo miedo de que descubra lo que realmente está pasando conmigo. Me da miedo el simple hecho de que menciona la palabra hospital.

El día de ayer, mi mamá me hizo tomar pastillas para dormir. Por más que traté de no cerrar los ojos, cayeron y me hundí en un sueño oscuro y pesado.

—Tengo un gran problema, Rojito tratará de encerrarme nuevamente —escuché una voz cerca—. Pero valió la pena. Fue muy divertido, ¿No crees?

—¿Hombre sonriente?

A ti, mi pequeño y querido lector:

Espero que hayas disfrutado esta historia de la misma manera que yo disfruté moviendo los hilos para crearla. Te podrías preguntar: ¿Qué tengo que ver yo en esto? ¿Qué fue lo que hice yo para provocarlo? La respuesta es muy sencilla y creo que deberías de prestar atención a cada palabra que hay en este libro. ¿Ya adivinas quién soy?

Estoy encerrado como castigo por algo que sólo hice para pasar el rato. Rojito está más que furioso ahora y se enojará más si sabe que los recuerdos los guardé dentro de la cabeza de esa pequeña niña. Creo que hasta Dinorah puede escuchar mi risa desde aquí. Deberías reír conmigo ¿No te gustaría escuchar más historias? Pues ahora deberías de prestarle atención a tu vida, porque esa es una nueva historia de la que tú eres el personaje principal. No temas, no meteré mi cuchara esta vez (o tal vez sí). Pero te aseguro que no volverás a aburrirte ahora que sabes que no importa adónde vayas o qué hagas; yo siempre estaré ahí…

Disfrutarlo antes de que vaya por ti y termines en Hickerland.

Con cariño,

El hombre sonriente.